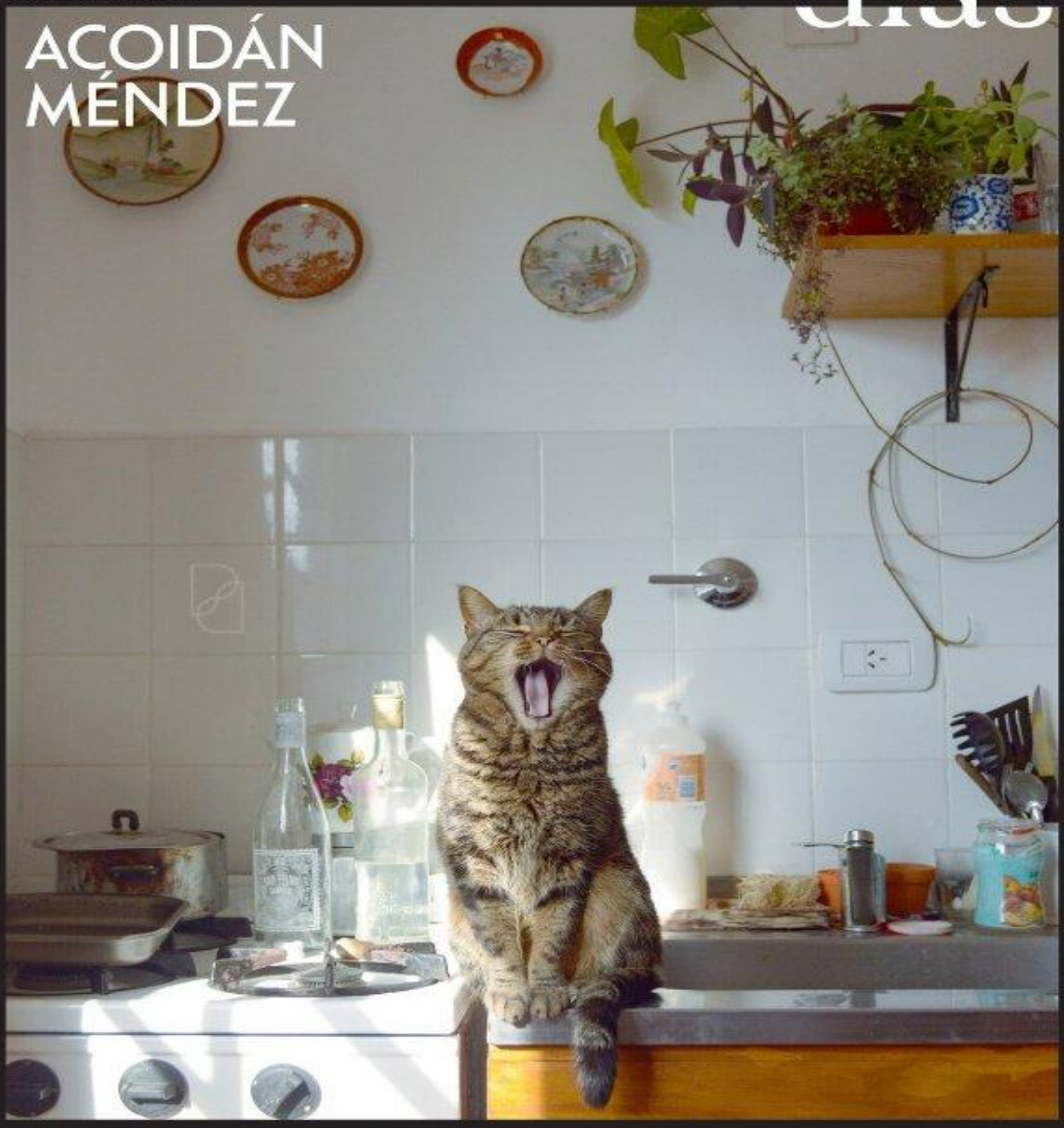
PLASSON & BARTLEBOOM

Algunos días

Una novela de

ACOIDÁN MÉNDEZ



Algunos días

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2025

© del texto, Acoidán Méndez, 2025
© Plasson e Bartleboom, S. L., 2025
Calle Aldea del Fresno 29, 6ºD
28045 Madrid

ISBN: 978-84-10483-09-5

DISEÑO DE COLECCIÓN: Daniel Mira
IMAGEN DE CUBIERTA: Melisa Díaz
MAQUETACIÓN: Alejandro Schwartz
CORRECCIÓN: Estela Gómez y Ana del Amo

A mi abuela Isabel,
que hubiese aprendido a leer
por adentrarse en esta historia.

Y a Carlota,
que le habría enseñado.

Me llevó mucho tiempo, y el paso por dos países que no eran el mío, para darme cuenta de que para ser uno mismo es siempre mejor estar con otro, sobre todo si el otro pertenece a una especie distinta, es decir, si es totalmente no uno.

SYLVIA MOLLOY

Cuando le doy la mano a otra persona
me convenzo de que la puedo tocar.
MARCELO MATTHEY

No ignores la belleza de este mundo extraño.
ÉL MATÓ A UN POLICÍA MOTORIZADO

MAYO

Domingo 8

El encargado me despertó de madrugada porque saltó la alarma del bar. Se ha colado un animal, me dijo. Hazme el favor, te lo pido, te doy un día libre, pero mira a ver qué pasa. Después me envió una foto medio borrosa de la cámara de vigilancia. Unos ojos centelleaban en medio de la oscuridad del almacén. En la negrura del espacio no cabe nada, pero esos brillos abren un hueco a la posibilidad o, por lo menos, a la duda. Un gato. Un gato negro entre los cascos de cerveza vacía. Desperté a Carlota. Parece una rata, me dijo ella. Sentí un poco de miedo y le pedí que me acompañara. No es que tenga miedo, me excusé, pero no sé, imagínate que se pone a la defensiva.

La indicación era que teníamos que esperar a la policía. El protocolo cuando hay animales es claro: los retira una unidad específica. Empecé a mover cajas y se me cayeron un par de botellas contra el suelo de hormigón. No se rompieron, pero tras el ruido del vidrio escuchamos una especie de quejido leve. Carlota fue intuitivamente siguiendo el sonido y llegó al cuartito de limpieza. Tras los botes de lejía y amoniaco, bajo las escobas, atrincherado en las bayetas: nada. Hasta que miró dentro del balde de la fregona y, agazapado bajo el escurridor, ahí estaba. Un perrito de pelaje negro, con una mancha blanca en la pata, aullaba a duras penas. Sonó el timbre del bar. Carlota me miró, agarró el cachorrito en brazos y me dijo: no vimos nada. Y se fue corriendo al baño.

Recibí a dos uniformados que no pararon de hacerme preguntas. Pensé que era un gato, les dije. El jefe me llamó y me envió esta foto, seguí explicándoles mientras les mostraba el móvil. Pero no vimos nada.

¿Entre esos cartones?
Nada.
¿Y debajo de las estanterías?
Un montón de polvo.
El polvo vamos a dejarlo, por el momento.

El policía no hizo ni una mueca. Su compañero continuó escrutando el almacén, lo convirtió en la escena del crimen.

¿Y esta zona? Volvió a preguntar.
Nada, ahí están los cubos, los trapos, los productos de limpieza.
Yo creo que habrá entrado y salido por el hueco de la puerta, se aventuró a decir el callado.
¿Ha pasado con anterioridad?, volvió a la carga el inquisitivo.
Que yo sepa no.
¿Hay algún desperfecto o alguna cuestión relevante para añadir a su declaración?
No.
Pues nuestro trabajo termina aquí… Si vuelve a ver al bicho puede ponerse en contacto llamando a este número.

Y me pasó una tarjeta. POLICÍA MUNICIPAL. UNIDAD DE PROTECCIÓN Y BIENESTAR ANIMAL. Les di las gracias y se fueron. Después me aseguré de cerrar bien con llave y fui a buscar a Carlota. Al darme la vuelta, la encontré justo detrás con la cría en brazos y di un brinco del susto.

¿No es precioso?

La mirada del cachorro era una postal.

Mediodía

El perro parece cómodo. Nos preocupa que trae una especie de ronquera, al respirar emite un silbido, como si estuviera resfriado. Le digo a Carlota que podríamos llamarle Negro, pero le parece manido. Y racista, dice.

Con algo de miedo lo coloco encima del sofá. Frida, la gata, se acerca curiosa y amago con quitar al perro. Carlota me advierte: si van a vivir juntos tendrán que conocerse. Ponlo otra vez, me dice. La gata empieza a olfatearlo, lo tienta, trata de entender qué es esa bola de pelos que apenas se mueve. Nunca había caído en la blancura y el tamaño de Frida, al lado del perro es gigantesca. Contra todo pronóstico, comienza a darle unos lametones en la cabeza. Carlota y yo

nos miramos ilusionados. A los tres segundos, la gata se distancia y bufa amenazante.

No fui a yoga.

Lunes 9

Le mando un mensaje a Flor. Cuando empezamos el taller el año pasado, pensamos que sus textos sobre perros eran pura ficción. Algo después, tras los encuentros semanales y el muestrario de cachorros que iban apareciendo junto a ella, supimos que su obsesión canina era autobiográfica. Flor pertenece a una ONG que se encarga del tránsito de los animales abandonados. Los rescatan de la calle y los cuidan hasta que les encuentran un hogar. Todo esto me lo explica en un audio donde también añade que, en Buenos Aires, cuando los animales aparecen en zonas donde no hay vacunación y mucha pobreza, como es el conurbano bonaerense, los cachorros pueden estar infectadosde unas enfermedades medio feas: moquillo y parvovirus. Antes deentregarlos a nadie, el protocolo es esperar diez días, que es la ventana en la que podría manifestarse la enfermedad en el animal. En su explicación agrega que es una experiencia espantosa para cualquiera que se decida a adoptar: que le den un perro y que se le muera en diez días. Carlota, que escucha junto a mí, arquea las cejas y sale del salón. Al minuto vuelve y me dice: ven, mira, seguro que nos ayudan. En mi mesa de noche descansan varias velas encendidas delante de una foto de mi abuela, san Esteban y san Rafael.

¿De dónde sacó esas estampas?

Martes 10

En la clínica veterinaria todo son buenas noticias. El ronquido no presenta ninguna sospecha de enfermedad. Si persiste más de dos semanas tal vez haya que mirarlo, pero en cualquier caso no es para alarmarse. El único inconveniente viene con el documento de identificación del perro, la veterinaria pregunta cómo se llama y no sabemos qué decir. Silencio. ¿Podemos dejarlo en blanco? Sí, pero, por favor, es importante que no tarden en bautizarlo. Así se va a acostumbrar a su nombre. Al final hay un inconveniente extra: el importe de la factura.

De vuelta a casa, en el metro, decimos más de cien nombres. Ninguno nos convence.

En terapia

Le hablo a Fernanda del deseo de Carlota de ser madre. Le digo que, desde que la conocí, tengo muy claro que en el algún momento querrá agrandar la familia. Ella, impertérrita, como en cada sesión, me pregunta:

¿Y tú? ¿Quieres ser padre?

Me quedo vacilante. Un sí ya no es convincente y, si digo que no, estaría mintiendo. Elegir es desechar la potencia de otra cosa y la potencia siempre es más bella. La concreción, por el contrario, nos devuelve lo que somos. Como un espejo. Claro que también hay belleza ahí, pero de otro tipo. Una belleza rasa, cruda.

Aunque estoy con mi terapeuta siempre tengo la sensación de que hay una respuesta correcta y otra que no tanto. Siempre elijo la errónea. Le digo que mi criterio para tomar decisiones en la vida es saber qué quiero a través de lo que no quiero, aunque no sé si la fórmula es válida en este asunto. Por ejemplo, no me imagino viejo y sin hijos, pero no sé si eso indica que quiero tenerlos. Le hago ver mi razonamiento, lo expando diciéndole que siempre he fantaseado con hablar con mis

hijos o hijas cuando sean mayores, conocerlos, acompañar sus miedos y dudas, descubrir qué quieren hacer, pero que no sé si me gusta tanto el proceso hasta que crezcan.

Fernanda larga una carcajada. Es tan seria que, ante su risa, siento una leve satisfacción.

¿Entonces no quieres ser padre?

Sólo con una pregunta, esta vieja lacaniana es capaz de construir la epifanía. Como es habitual, en el punto álgido de la sesión nos quedamos sin tiempo.

Este es un tema, ¿no? Lo seguimos hablando, ¿cuándo volvemos a vernos?

Tomo nota de nuestra próxima cita y pago los cuarenta euros.

A la vuelta, entre las caras ajenas del transporte público, leo *El amigo* de Sigrid Nunez: «Más que escribir sobre lo que sabéis, escribid sobre lo que veis».

En el bar, noche

Los nubarrones del cielo combinan con un calor seco que persiste aún en la madrugada. Caen cuatro gotas de lluvia que, lejos de aliviar, sirven para empolvar ventanas, adoquines y coches. Me gusta escribir desde la barra, mi turno ha terminado.

Veo a los últimos supervivientes. Un grupo de tres amigas charlan muy animadas. Una pareja siembra los cimientos de una noche que terminarán contándoles a sus hijos cada cena de Navidad. Un señor con traje gris sale a fumar. Anoto cosas todo el tiempo. En el papel sucio y fino de las comandas siempre aparece algo, en los márgenes. Palabras que no volveré a escribir, destellos, promesas. Me resulta fácil hacer promesas, a mí mismo, a los otros. Durante toda mi infancia iba de la mano con mi padre a lugares en donde te prometían llegar a ser alguien distinto, alguien mejor: guitarrista, futbolista, nadador, fotógrafo. Nada que ver con la realidad: ~~Escritor~~. ~~Actor~~. ¿Camarero? Siempre era lo mismo, me anotaba a un taller o actividad extraescolar para luego ir dejándolo morir con el paso de los días. Pese a todo, la ilusión de ser otro se mantiene hasta hoy.

En el final de la barra, uniformado con pantalón de pinzas oscuro, camisa corta y zapatos, está el dueño del restaurante coreano de al lado. Cuando viene, se limita a pedir uno o dos chupitosde vodka, apenas dice nada. Hasta hace poco no sabía su nombre, pero el otro día mencioné Seúl y algo en él se detonó.

Dijo: mucho atasco, Seúl. Dijo: mi nombre es un poco fácil, como jabón pero con una o: Jobón. Dijo: mi suegro militar, muy serio. Dijo: con nietos sí habla, ríe y habla. Con nietos. Otra persona… Uffff.

Su postura desprende cierta teatralidad, la espalda erguida y una mirada serena. Ahora se despide con una reverencia de mi compañero. Parece el protagonista de una película clásica, su sencillez es de una elegancia inusual. Al salir, trato de encender un cigarro, pero el

mechero no funciona. Desde la otra acera, Jobón sonríe, cruza y me ofrece el suyo.

Miércoles 11

En breve viajamos a Gran Canaria. Ya va casi un año desde la última vez. Cuando me fui de allí, con dieciocho años, teníala necesidad de volver cada mes, pero últimamente se hacen más largos los periodos sin visitar la isla. Carlota quiere ir a la playa, hacer una excursión al barranco de Ayagaures, visitar el casco viejo de la ciudad. Le digo que ojalá nos dé para tanto, seguramente los días se consuman con visitas, cafés y arena repatriada entre páginas de libros. Un trozo de orilla que, una tarde de invierno, cuando ya no recuerde siquiera el calor de la tierra, se revele en medio del papel y me deje palpando la arena con la yema de los dedos.

Trato de averiguar cómo ir en avión con el perro. Es inviable, demasiado caro. Empiezo a sentirme culpable con la decisión de adoptarlo. ¿No estaría mejor en un centro? Le pido a Silvia si puede acogerlo unos días en casa, hasta la vuelta. Que es buenísimo, le digo, que no se va a enterar de que está allí. Me dice que cuente con ello, sin problema. A la gata será suficiente con llenarle el cuenco y limpiarle las cacas, no es muy fan de los extraños. Hacemos la mochila. El low cost nos ha regalado el mejor aprendizaje de los últimos años: menos es más.

Pantalón vaquero.
Tres camisetas.
Ropa interior.
Cargador móvil.
Veintitrés libros.

Por la noche

Cambié el turno del bar para poder compaginarlo con mi segundo y último año en el taller de escritura. Imparte Federico Falco. En el e-mail de bienvenida adjunta un documento con algunas advertencias:

La estancia máxima en el taller será de dos años. Pienso que hay tiempo suficiente ahí para adquirir herramientas propias. Algunos me dicen que vienen al taller como a un gimnasio y que si, por favor, puedo dejarles continuar. En ese caso, me parece bien que vengan a hacer pesas literarias, pero igualmente creo que a los dos años está bien que cambien de gimnasio.
Lo que pasa en el taller, se queda en el taller. No está bien que anden ventilando por ahí lo que cuentan los compañeros. Este es un espacio de mucha vulnerabilidad para todos, así que debemos actuar con el máximo respeto.

Sobre la dinámica de los encuentros, apunta:

Sería bueno que vinieran con una idea de proyecto para trabajar durante el año. Puede estar más o menos desarrollada: una imagen, un personaje, tal vez tengan clara una trama…
Cada semana propongo una lectura y una consigna de escritura. La idea es que, mediante las consignas y las lecturas, vayamos recorriendo/repasando algunos de los temas o herramientas principales (narradores, tiempo narrativo, personajes, etc.).

Cuando me dan una consigna se pone de manifiesto algo que sospecho desde que tengo uso de razón: soy incapaz de relacionar ideas. Si me pides que piense en un enchufe, por ejemplo, visualizo dos agujeros en la pared enmarcados por un plástico. Hay gente que cuando piensa en un enchufe puede escribir sobre la energía, la electricidad, la unión entre dos cosas, una chispa, el big bang, las relaciones sexuales, el alumbramiento, una nueva vida. No es mi caso.

Para los primeros encuentros, nos pide una lista de diez libros importantes o que hayan tenido algún tipo de reverberación en nuestras vidas, y nos anima a continuar investigando la primera persona aunque esta vez tratando de hablar con una primera persona ajena. Pueden armar, por ejemplo, un monólogo sobre una voz que conozcan, pero que les resulte suficientemente alejada de la propia, nos apunta.

Jueves 12, madrugada

Ya se empieza a sentir el calor. Días de abrir las ventanas y ventilar, también de precaución para que Frida no salte queriendo cazar una mosca. Suena el reloj de la cocina. La mecánica del tiempo no deja lugar a duda, tictac, tictac, tictac. Me recuerda a mi casa de la infancia. El sonido, mi madre en el sofá dormida, los anuncios en bucle, la calma chicha.

Hoy no fui a trabajar, alegué una migraña severa. Fotofobia, dije que me dijo la doctora. Una de las ventajas de ser hipocondríaco es que el vocabulario médico se amplía. Limpié. Ordené toda la casa: sus estantes, sus cajones, sus recovecos, también los míos. Pasé la aspiradora. Quité todo el polvo que pude. Me sentí mejor. Después, la tarde voló.

Un soplo de viento se lleva mi solemnidad y apaga dos velas que ahora dejan un hilillo de humo. Intento encenderlas otra vez, pero no atino con el mechero. Salta una chispa que no llega a prender, me rindo. Cierro la ventana. Preparo una infusión relajante. Carlota está volviendo del museo, la espero. Cuando hay inauguración, se quedan hasta tarde. Por supuesto, no le pagan horas extra. Notienenombre me mira, no sé si trata de consolarme o si tal vez él también la echa en falta.

Pensé que este año conseguiría armar un proyecto de novela, un conjunto de relatos, algo sólido, pero no se me ocurre nada, vuelvo a las consignas como a un libro de caligrafía. El éxito es relativo, aprendí a no salirme del margen, pero tal vez eso sea justo lo que tengo que conseguir escribiendo: traspasar los bordes, huir del centro, habitar la grieta.

~~*¿Dónde está el niño?*~~ *La cucaracha*

Ya están aquí otra vez. Todas las semanas otra vez. Un baile de mujeres probándose ropa en un garaje y preguntando lo mismo. Dónde se pueden cambiar, preguntan. ¿Y el niño? También preguntan: ¿dónde está el niño? Me lo voy a meter para dentro cualquier día de estos. Cualquier día les juro que me abro de piernas y le digo: mira, cariño. Sí, mamá. ¿Ves esto? Sí, mamá. ¿Ves el hueco? Sí, mamá. Pues como te sigas portando mal, cualquier día lo abro, lo estiro hasta tensar la piel. ¿Hasta tensar la piel? Hasta rasgar la piel, y te meto para dentro otra vez. Otra vez para dentro. ¿Por qué, mamá? Porque no sé en qué momento saliste. Por qué saliste. Si ahora te busco y no te encuentro. Si no sé qué hacer contigo. Y cada tanto me preguntan las cuicas de las vecinas: ¿dónde está el niño? ¿Dónde está? A lo mejor se metió por el agujero de la tina, me dan ganas de decirles. Porque la educación es muy bonita, pero algunos días me metía la educación también para adentro con el niño y con las vecinas y con la madre que me parió. No siempre tengo el horno para bollos y menos cuando está con las mujeres, que es siempre, con mi hermana, con mi madre, con mi tía. Yo quiero querer al niño, pero que me quiera el niño a mí. Tal vez un día lo baño en miel y yo con él y que se pegue viscosa la miel dorada, la miel amiga, la miel caliente, el antídoto para no perderse. Sin embargo, ella siempre sabe, es un radar mi madre, no sé cómo hace. Cómo hizo aquel día en Modas Cristal para verlo allí, donde pasé cien veces antes, debajo del maniquí. ¿Y el niño? ¿Dónde está el niño? Pasaron más de treinta minutos hasta que me acordé del garaje. Ahí estaba, entre burras, faldas y blusas. No lo podía creer, así que le di un bofetón. Mamá, me dijo mamá. ¿Dónde estabas? Aquí jugando, me dijo. Y apareció una cucaracha. Plas. Y desapareció la cucaracha. Y el niño me miró con los ojos como platos. ¿Qué pasó, mamá? ¿Qué pasó? Se murió, le dije, nosotros también vamos a morirnos un día.

Viernes 13, en tierra de nadie

Llegamos con dos horas de antelación al aeropuerto y acampamos en la puerta correspondiente. Nada más sentarnos en las butacas vemos cómo la gente hace cola para entrar. Carlota propone que hagamos lo mismo. Le pido por favor que esperemos, siempre me pareció absurdo pasar ese trance de pie, cargados como estamos. Cuando quedan tres o cuatro personas nos acercamos con todo listo, pero al pasar las tarjetas del móvil nos deniegan el embarque. Aparece una señal roja en el torno con un pitido poco amigable.

Se han desfacturado al cambiar de vuelo, nos explica una azafata. ¿Pero qué vuelo? Sólo tengo este billete, digo yo sin entender bien qué sucede. Parece que han intentado cambiar las fechas y eso ha invalidado sus tarjetas de embarque. Le digo que busqué otros días y horarios, por curiosidad, pero no confirmé nada. Debió de aparecer una alerta en la pantalla, si trata de buscar automáticamente se cancelan, replicó la azafata. ¡No había ninguna alerta en la pantalla!

Reclamamos. Los trabajadores de esa compañía online de cuyo nombre no quiero acordarme se muestran infranqueables. Mi indignación va en aumento, aunque también me siento como un niño que reclama atención con un berrinche que no conduce a ningún sitio. Nos invitan a ir hacia la entrada de la terminal y hablar con los trabajadores de tierra. Una vez allí, tratamos de calmarnos y explicar lo que ha ocurrido, la azafata vuelve erre que erre con el discurso de su compañera. Miro un extintor colgado en la pared y, como si estuviera recreando la escena de *Relatos salvajes* en la que Ricardo Darín resquebraja un cristal de atención al cliente, pienso en lanzarlo contra la ventanilla. No lo hago. La que sí parece robarle algo a la película es Carlota, que emula un diálogo en el punto álgido de la discusión y le dice al supervisor: ¿de verdad no hay nadie por encima de ti? ¿Quién eres? ¿El ministro? La rabia no sirve para nada más que para empeorar la situación. Nos explican que, de haber llegado antes, podríamos haber pagado por volver a facturarnos en el mismo vuelo, pero como

esperamos al final no hubo tiempo. ¿O sea que el último tiene menos derecho que el primero?

Terminamos por volar siete horas más tarde y pagamos doscientos euros más del precio inicial, que, por otro lado, ya era prohibitivo. Pido escribir una queja formal con la certeza de que no llegará a ninguna parte. Me dan una fotocopia indescifrable y me indican que cualquier comunicación deberá efectuarse por vía telemática.

En el avión, pasan los azafatos con el carrito de comida. Yo estoy comiendo un bocadillo que me traje del bar e intento esconderlo, avergonzado de no comprarles nada. La boca llena me delata y uno de ellos me ofrece una servilleta. Acepto. Él sonríe y sigue sirviendo al resto de pasajeros. Termino de comer admirando a ese desconocido. Mi lado cínico replica: es su trabajo. Tú cállate, me digo. Ojalá tener esa finura para los pequeños detalles.

Desde la ventanilla juego a encontrar mi casa para mostrársela a Carlota. Se divisan bungalows y hoteles al borde de los acantilados. La ley de costas son los Reyes Magos. El paisaje, extremo desde la altura, árido y sin vida, contrasta con los anuncios donde lo mostramos como el paraíso para los escandinavos. En las imágenes de televisión sólo aparecen las postales: las dunasde Maspalomas, la playa de Agaete, el Roque Nublo, la Plaza de Santa Ana y los resorts con muchas estrellas.

Cuando conocí a Carlota también hice un proceso de edición para seducirla. Como si fuera un rollo de película analógica: corté, pegué, elegí mostrar la parte más linda. Incluso agregué algunos efectos especiales. Los desechos de la bobina los guardé en un cajón a buen recaudo. Luego, con el tiempo, descuidé mi secreto, fueron brotando los descartes de la caja metálica. Como los anuncios que esconden la pobreza, también dejé a mi familia al otro lado de la puerta de la terminal, desde donde ahora nos esperan: mi padre, mi madre y mi hermana. Nos abrazamos. Hablamos del tiempo, de lo que tardamos en salir, del poco equipaje que llevamos. Al subir las mochilas al portabultos, se me caen un par de libros que venían agarrados a una rejilla. Haya miedo que se te olvide algún librito, dice mi madre. ¿Los calzoncillos los trajiste?

Nos reímos. Nada más comenzar a conducir, mi padre me pregunta si me enteré de la noticia. Aunque allá hay otra prensa, claro, razona en voz alta. ¿Qué noticia?, le pregunto. Un viejo de Balos que mató a un muchacho de un escopetazo. ¿En serio? Sí, por lo visto lo andaban molestando y… La gente está fatal, le digo. Ese tenía un cable pelao, no mató a otro de milagro.

Los temas asaltan las conversaciones como navajazos, se habla con la misma franqueza de un cáncer que de un recién nacido. Tras escuchar a mi padre, nos quedamos mirando por la ventana. Entre invernaderos, llanuras de tierra, tabaibas secas y polígonos industriales me pregunto cuántos escritores y escritoras tuvieron que huir de aquí. Habría sido bonito leerlos, pienso. Tal vez, de haber sabido cómo era crecer entre ahulagas, sol y mar, me habría quedado. O tal vez no.

Por la tarde

Donde hace años estuvo mi habitación, mi madre armó el cuarto de planchar. Al llegar, para quitarle hierro al asunto, me explicó que los muebles ocupaban mucho y que, total, para los días que eran, podíamos dormir *bienísimo* en el sofá cama.

No habrás tirado mis cosas, ¿no?
¡Noooooo! Está todo guardadito en cajas, y ya te las puedes ir llevando porque…

Tampoco debe de haber gran cosa, a lo sumo un montón de libros de autoayuda de un adolescente que los devoraba con la esperanza de que el universo conspirase a su favor. Carlota mira uno a uno los marcos de la pared, no son fotos de estudio fotográfico de corte ochentero, ni recuerdos de infancia, son mis logros académicos desde la prehistoria.

¿Y esos títulos?
¿No sabes de quién son?
Sí, pero… ¿los pusiste ahí?
Hombre… ¡Para eso los pagué!

Su reflexión nos provoca un ataque de risa. Mi padre, que está en el salón, entra preguntando el motivo del alboroto. Al mirarlos ahí, bajo los marcos, él con su bigote, ella cada vez con más canas, me parecen deportistas henchidos frente a sus vitrinas. En algún momento me creí todas esas consignas de querer es poder, el que la sigue la consigue, sólo hay que desearlo de verdad... Hace mucho que sé que nada de eso es cierto: sin el soporte a ciegas de estos dos, sin su salto al vacío, no habría sido.

Sábado 14, playa del Risco Verde

El mar sube y baja. Me encanta que esté tan alta la marea porque te puedes lanzar desde la rampa de hormigón sin pasar el suplicio de andar sobre las piedras. Después del baño, cerca del rompeolas, tomamos un leche y leche y leemos en el restaurante de los Hornos de la Cal. El leche y leche es un café mezclado con leche de vaca y leche condensada. A Carlota le parece muy dulce, pero le hace ilusión pedirlo. Dice que los canarios simplificamos el lenguaje, le encanta cómo nombramos: leche y leche para este café, mojo picón para una salsa que pica mucho o Cueva Pintada para el museo arqueológico.

Los libros son de Juan están sobre la mesa.
El vestido son muy caro, no me gusta.

De fondo se cuelan las clases de español de una extranjera. Intento seguir por donde iba, pero tengo que empezar otra vez porque me pierdo. Me desconcentra su mantra de frases mal engarzadas, me exaspera la gente que toma los espacios públicos para trabajar. Carlota pone en la otra mesa toda su atención, se ríe. Me invita a escuchar. Me siento un señor, pero no me hace gracia. ¿Dónde estará mi sentido del humor cuando tenga sesenta años?, le digo, pensando en voz alta. Yo me pregunto dónde está ahora, me dice ella.

Domingo 15, Casa Pastores

Caminamos por la azotea de la casa de mi abuela: un espacio cubierto con planchas de aluminio que aún está por edificar. Al mirarlo, siento que este lugar ha sido devastado por el tiempo o que, por el contrario, se ha congelado con el paso de los años. Está igual y no. La única muestra de vida que permanece son los helechos gigantes que cuelgan del techado. A mi abuela le encantaban. ¿Por qué nunca me hablas de ella?, pregunta Carlota. Cada fin de semana mi abuelo sube, conecta la manguera y los riega uno a uno. La pared, mitad blanca, mitad color teja, tiene desconchones por todas partes. El suelo no ha cambiado, puro hormigón sin alicatar. Al fondo sobrevive un sofá de terciopelo falso con agujeros, los que ha ido dejando mi tío el pequeño que, hace más de diez años, tuvo un brote psicótico a causa de un mal viaje y sigue fumando algún porro por las tardes. Era mi tío favorito, un hippie enamorado de la fotografía y la música que un día llegó a casa, a mis doce, convencido de que la policía lo estaba buscando. Ahí empezó a darme miedo, hasta que el miedo se fue convirtiendo en ~~otra cosa~~ indiferencia. El verano siguiente mi otro tío, el mediano, se tiró del trampolín de una piscina en la que no había suficiente agua. Tras el impacto, quedó tetrapléjico. Pienso en cuándo empezaron a volverse invisibles o cuándo dejé de verlos. Pienso en cuál, cómo es la distancia afectiva que no te permite mirar para otra parte. Pienso en la tragedia de mi abuelo, viudo y cuidando de sus dos hijos.

En la terraza, una zona descubierta donde se ven las azoteas de los otros vecinos, aún hay una jaula de color verde que alguna vez albergó decenas de pájaros. Tampoco está Trigo, el perro sin raza que se alimentó tantos años a base de leche, pan y sobras de comida. Hay un aire denso, un silencio que se rompe cuando pasa un coche, cuando cae una hoja o cuando viaja el agua por la cañería.

En esta azotea celebré cada cumpleaños hasta que cumplí doce o trece, aquí nos reuníamos en Navidad y en ocasiones especiales. Quizá los días entre detergente y suavizante, cuando mi abuelo sube a poner

la lavadora, sean una celebración. La conquista de alguien que, a pesar de estar solo, todavía quiere oler bien.

Lunes 16 de mayo

Charlamos con mis padres. Si fuera por ellos, las visitas a Canarias serían un encierro de días donde lo único que haríamos sería hablar. Conversar, como dice mi padre. Yo pudiendo conversar un ratito con ustedes soy feliz, dice. Carlota dice que está segura de que este año publicaré mi primer libro. Mi madre nos cuenta que la hija de su prima sacó uno. Le explico que eso es autoedición, que yo también podría hacerlo, pero que me gustaría que alguna editorial me publicase. Me dice: claro, algo más así, ¿no? Como Jorge Javier, Ana Rosa o la Barneda. Tú siempre has sido de más categoría.

Casi siempre terminamos hablando de anécdotas que Carlota ya conoce y que le repiten en cada encuentro. Esta vez les dio por hablar de mi nacimiento. Mi madre dice que cuando llegó al hospital mi cabeza ya estaba colgando entre sus piernas, que cuando se tumbó en la camilla del paritorio prácticamente no había nada que hacer, todo fue orgánico, fluido, natural. No hubo que usar epidural, ni fórceps, ni herramientas quirúrgicas con nombres imposibles.

Estaban mis padres en medio de una carretera, la carretera del Cardón, un tramo peligroso y lleno de curvas donde todos los años tiene lugar el rally más famoso de la isla. De donde vengo hay afición por la velocidad, y sin embargo nos dicen aplatanados porque vivimos con un ritmo pausado, tirando a lento, muy lento verdaderamente. Estaban ahí junto a un montón de gente viendo pasar los coches a toda velocidad, supongo que la posibilidad de presenciar un vuelque es una experiencia radical. En una isla pasan menos cosas que en cualquier otra parte. Y si dentro de la isla eres de las afueras, eres de donde no pasa absolutamente nada. En las afueras abundan los relatos fundamentales, quizá por eso a mi madre le interesan tanto los nacimientos y las muertes. Al borde de una curva, entre gravilla, cardones, humo de cigarro y neveras de playa, mi madre rompió aguas. A ella le hubiese gustado que José María Ponce, uno de los pilotos más aclamados, la llevase al hospital. Cuenta con desgana que fue mi padre

el que salió disparado en su Renault 9, emulando la competición. Él con sus veintidós. Ella con sus diecinueve. Él abrazado al volante. Ella agarrada a la manija del techo. En silencio. Sudando. Sin respuesta certera para tanta pregunta.

Mi padre no entró a la sala del parto, dijo que no podría soportar ver a mi madre sufriendo, aunque le habría gustado decir que tenía miedo. Se quedó esperando hasta que vio mi cuerpo. Pero no podía ser. Durante meses había esperado una niña. Todo apuntaba a una niña: la ecografía, el nombre elegido, la ropa de cama, la pintura de la habitación. Para mi padre, a todas luces alguien le había dado el cambiazo con su nena, no daba crédito. Así lo contaba mi madre. ¿Será posible que ante el milagro de un cuerpo el otro piense en unos genitales? También nos contó que luego se calmó, el médico confirmó que era un chico y mi padre se quedó conforme, esa fue la palabra que usó. Conforme.

Mientras tanto, en el rellano de la planta de neonatos mi abuelo invitaba a médicas, enfermeros y visitantes del hospital a subir en la guagua. No es que hubiese una guagua en medio del edificio, mi abuelo se colocó frente a la puerta del ascensor y, envalentonado por alguna copa de más, gritaba a los que pasaban por allí que anduvieran con ojo, que se les iba a escapar la guagua. Invito yo, decía. Que acaba de nacer mi nieto. Por lo demás, nadie me contó la versión de mi abuela, aunque el cuidado que me brindó es probablemente el relato más poderoso de todos. La memoria es caprichosa, mis recuerdos de infancia son limitados, lo seguro es que allí donde hay una imagen feliz está mi abuela: comprándome unas galletas Cubanito de camino al colegio, acurrucándome en la cama y calmando los terrores, diciéndome cuenta ovejitas, sirviendo el potaje de berros, acompañándome en barco a otra isla en una excursión escolar, santiguándome.

Todo esto del nacimiento me revuelve. ¿Nacer es ocupar un espacio? ¿Llenar un vacío? Hay padres que, mientras miran el techo de la habitación después de hacer el amor, imaginan cómo será ese espacio cuando un cuerpo desconocido lo llene. Una madre busca la compañía que le falta. Un padre persigue aquello que no consiguió.

Unos abuelos pueden volver a empezar sabiendo mucho más. Me pregunto qué pasa cuando tus padres no tienen nada que proyectar, cuando el espacio, más que por deseo, se llena de sorpresa. Escribir también es ocupar un espacio. Habitar una voz. Pienso que todos deberíamos poder escribir: sobre todo los vulnerables, los de los márgenes, los apestados, los no deseados, los que caminan girando la cabeza cada tanto por si viene alguien detrás. Escribir quizá sea una manera de nacer. Me gustaría que mi escritura se pareciera al relato de mi madre, a ese nacimiento esponjoso donde el niño sacó la cabeza fuera casi sin esfuerzo. Pero se parece cada vez más a una cesárea: aparece después de un tajo, sangra y escuece. Cicatriza al fin.

Martes 17

Nos volvemos pronto en la mañana. Mi padre está con dolor de tripa y mi madre hace como si estuviéramos yendo al parquede atracciones. Si supiera dibujar, me encantaría ilustrar esta escena. Los dos, con sus uniformes de rayas fluorescentes, parecen salidos de un sketch. Mi padre es chófer del camión de la basura o, como él lo llama cuando tiene que rellenar algún formulario en el ayuntamiento, el camión de residuos sólidos. Mi madre es barrendera. Mientras vamos hacia el aeropuerto, miramos un vídeo de la gata. En la grabación, Silvia trata de ser afable con Frida y ella, lejos de corresponderle, saca su cara de dragón. A Carlota le disgusta ver el carácter del animal que, por momentos, parece salido de la selva.

Nos despedimos antes del control de policía y me dan ganas de llorar, pero me aguanto. Cuando pasamos la cinta y recogemos nuestras cosas, mis padres aún esperan al otro lado con la mano levantada, emocionados.

Antes de llegar a las nubes, mirando por la ventana, pienso que no tengo una mirada poética. Alcanzo a ver lo evidente: el azul del mar, la espuma llegando a la orilla, las casas de cemento en la ladera, más allá, campo adentro, los invernaderos con sus tomateras ya secas, los surcos en el suelo y, justo antes de caer rendido al sueño, acercándome al paisaje, veo a mi madre y a mis tíos durmiendo la siesta. Descansan en un cajón de madera que construyó mi abuelo para resguardarlos del sol, mientras mi abuela se afana en la tierra, en la urgencia de esta tierra que no deja hueco para la metáfora.

Miércoles 18, noche, Madrid

Poeta chileno de Alejandro Zambra.
Pájaros en la boca de Samantha Schweblin.
Vamos a tocar el agua de Luis Chaves.
La próxima novela de Felipe Becerra.
Diario pinchado de Mercedes Halfon.
Sobre cosas que me han pasado de Marcelo Matthey.
La novela luminosa de Mario Levrero.
La luz y la montaña de Soledad Urquía.
Un lugar seguro de Olivia Teroba.
Los llanos de Federico Falco.

¿Pensará que soy un pelota por haber incluido su novela otra vez?

El grupo del taller se divide en dos. Hombres y mujeres. Argentina y España. Horario latinoamericano y europeo. Dos escritoras participan desde Berlín. Salvo por ese punto, la realidad es que estoy solo en casi todo: único varón, español y en el hemisferio opuesto. Por suerte, mi acento canario apacigua el fantasma colonialista.

En el momento de exponer los proyectos con los que trabajaremos durante el curso, escucho atento y especulo sobre las vidas de las compañeras a las que no conozco.

La pantalla se divide en ventanas que me recuerdan a los cuadraditos de la caja del bar. Todos los micrófonos se ven muteados. En la mesa uno, Flor Gattari pide el turno para hablar. Dale, empiezo yo porque sé que te pone muy incómodo, le dice a Fede. Es psicóloga y escritora, tiene varios libros publicados de literatura infantil con los que ganó un premio hace años. Nos cuenta que su intención es seguir escribiendo sobre perros.

En la dos, Belén Coluccio, de pelo corto a lo garçon, continúa con tono seco y una seguridad que me apabulla. Se propone escribir sobre una investigadora de la obra de Bernabé Demaría, un pintor argentino que ilustró a los gauchos y La Pampa.

¿Por qué la mayoría tienen apellidos tan sumamente increíbles? Un apellido así te tiene que volver listísimo, atractivo, interesante, pienso.

Tres. La siguiente en hablar nos cuenta su pasión por los fermentos y la comida. A su espalda, una balda con dos o tres libros y una planta pequeña. Quiere escribir sobre flores, dice. Su discurso se ramifica, toma consistencia con conceptos artísticos que no sé si entiendo del todo. Habla de forma pausada, elige con precisión las palabras. Entre una frase y la siguiente se arma un silencio eclesiástico.

En la cuatro, desde un salón que parece más grande que mi casa, Cecilia Ponti explica que escribirá la historia de una joven argentina que, tras una ruptura, transita las calles de Berlín, acomodándose al idioma, mientras se hace cargo de su hijo.

¿Cuánto le costará vivir ahí?

Alejandra Guzmán parece la más joven, ocupa la cinco. Además de escritora, es actriz. Publicó hace poco su primera novela. Internet me devuelve, con diferencia, el mayor número de resultados. Toneladas de prensa rosa. Sus padres son estrellas del cine argentino. Alejandra quiere escribir sobre una joven que deja a su novio actual por un hombre bastante más grande que, además, tiene un hijo.

¿Me habré colado entre la high class argentina?

La penúltima en hablar es Melisa Santín, en la mesa seis. Dice que no tiene muy claro sobre qué va a escribir, pero nos cuenta que es editora de Penguin Random House y todos nos quedamos helados.

Y al final estoy yo, sin nada para contar, sin conflicto apenas, tomando los pedidos del bar, acopiando en los márgenes de la comanda, con la semana por delante.

Jueves 19

Hoy Carlota me grita en medio de su baño. ¡Ya lo tengo!, anuncia, como Arquímedes. ¿El qué?, le pregunto. ¡Zambra, podemos llamarlo Zambra! Me lo dice porque tengo una obsesión enfermiza con este escritor al que he descubierto recientemente y de quien he leído su obra del tirón. ¿Zambra? No, no, no, no, Sambra, con ese, corrige, imitando mi acento.

Silvia viene a devolvernos al perro. Le digo que ya tenemos nombre y le encanta. Dice que todos en su familia quedaron prendados de él, tanto que su hijo Teo no para de pedirle un cachorrito. Ella está tratando de sacarle la idea porque al final ya sabe quién lo va a cuidar y no puede más: el trabajo, la casa, el niño, el animal, la vida. Me llama la atención que viene con su falda lila, es la que llevaba el día que nos conocimos, en la universidad. Para los estudiantes no era lo más común que una profesora tuviera una presencia tan informal y cómoda. Poco a poco construimos una amistad, desde los primeros garabatos literarios que le entregué. Tiene mucha confianza en mí. Estudió Filología y es una experta en Peter Pan, se doctoró con una tesis sobre el novelista J. M. Barrie. Aunque es diez años mayor que yo, parece más joven. No sólo porque viste con colores alegres, sino porque su jovialidad está cien escalones por encima de la de cualquier persona de su edad. Siempre me pregunté si su fascinación por Peter Pan la hace vivir en una infinita juventud o si su personalidad de eterna joven la hizo inclinarse por la promesa de Nunca Jamás.

Después, me hace una entrevista sobre mi afición al yoga. La han contratado en un programa de la televisión pública sobre divulgación de tradiciones orientales: meditación, zen, papiroflexia. Según lo que me cuenta, me imagino que el contenido va sobre estar en paz con uno mismo, sobre salirse de la lógica del conejo que persigue sin descanso la zanahoria.

Por la noche, en el bar

Mientras limpio, poco antes del cierre, entra una señora rubia, lleva unos pendientes de perlas y un cardado bien arreglado, algo en su mirada es decadente, parece una clienta de El Corte Inglés venida a menos. Se abraza a un bolso negro de cuero y, cada tanto, se retoca los mofletes con un pañuelo. Me mira fijamente, los ojos irritados, no sé si me ve a mí o qué puede estar imaginando. Va con un vestido también negro y unos zapatos tipo colegial, lleva un calcetín en un solo pie del que sobresalen unos volantes con bordados. Si no fuera por su edad, pensaría que viene de un after.

Ponme un anís, me dice. Y se va a los gnomos, la máquina tragaperras. Más tarde, cambia cincuenta. Copa va y copa viene. ¿Cómo te llamas?, me dice. Telmo, le digo. Y otros cincuenta. Cuando viene a pedirme algo aprovecha para decir cualquier cosa. Eres muy guapo, Telmo. Mi marido era guapísimo, me dice. Al principio se mantiene distante, pero poco a poco toma algunas confianzas, cuando le devuelvo el cambio se queda embelesada y me acaricia la mejilla con las yemas de los dedos. Qué ternura, me dice, tersura. Regurgita las palabras. Me dice que si me gusta su anillo, que me lo regala. Le digo que no le sirvo más, que estamos cerrando. La señora no se tiene en pie, le pido un taxi. Le doy una tarjeta del bar al taxista, por si me puede avisar, mi nombre es Telmo, le digo.

Termino de recoger las mesas, paso la bayeta, subo las sillas, friego el suelo como quien trata de no dejar huellas. Bajo a desconectar las luces y suena el teléfono. Subo a toda prisa, pero no alcanzo a cogerlo.

Viernes 20 de mayo

Flor nos dijo que mientras Sambra aprende a hacer sus cosas afuera es conveniente que tenga un desahogo de periódicos cerca, por las dudas. Ahora nos movemos sobre veinte metros cuadrados de actualidad.

> ***Un ciudadano de León se desplaza en coche hasta Ucrania para llevar comida***
> *Jacinto Jiménez conduce hasta la frontera polaca con alimentos, ropa de abrigo y dispuesto a ofrecer tres casas vacías que tiene en propiedad en la localidad de La Bañeza.*

En la encimera de la cocina, encuentro esta nota de Carlota:

Lechuga
Huevos (de gallinas felices)
Yogur natural
Aceitunas negras sin hueso
300 gramos de jamón cocido
Mozzarella
Al salir del súper comprar dos aguacates maduros
Lo que veas que te apetezca

En el bar

Hoy un argentino me dio la noche. A estas horas, mientras escribo, estoy tratando de averiguar si me cayó rematadamente mal o todo lo contrario. Que sea argentino juega a su favor, siempre quise tener un amigo porteño. ¿Será porteño?

Pidió una caña y se sentó a darme conversación.

Qué buena onda, che. Soy Guido, un placer. ¿Cómo va? Bien, le digo, ya casi termino el turno. Buenísimo, me dice. Debe ser muy inspirador esto… Seguro ves de todo acá, ¿no? Borrachos, pesados, viejos… viejos pesados también. Sonrío sin ganas. Hay de todo sí, le digo. ¿Y tú? ¿Qué te trajo a Madrid? Guido me dice que todo mal pero que más o menos

va, que ahora está mejor, que vino buscando a una chica y que, cuando llegó a la casa, la chica seasomó por la ventana y le gritó qué hacés acá, estás loco, cómo se te ocurre venir hasta acá. A los dos segundos, por la misma ventana apareció la cabeza de un tipo que preguntó qué pasaba. Nada, dijo ella, un tarado. Un tarado, dijo. Ahí Guido entendió que algo no iba bien. Yo no daba crédito. Lo primero que se me ocurrió decirle fue que estaba haciendo un taller literario y que igual le vendría bien largar toda esa porquería, sacarla fuera. Pero no le dije nada. Casi llorando, me cuenta: llamé a un amigo y arreglé dónde dormir esa noche. ¿Y ahora? Ahora ya me alquilé una pieza, me dice, pero estoy roto. Él le da un trago a la birra, yo no sé qué añadir. Cojo una servilleta de la mesa y se la ofrezco, señalándole las comisuras espumadas en su cara.

Poco después, una chica con un vestido de flores y los labios pintados entró al bar y avanzó hacia nosotros. Parecía la actriz de una película francesa de los sesenta. ¿Telmo? Como si me hubieran preguntado dónde estaba la noche del crimen, seme desbordó el latido del corazón, traté de calmarme tomando un trago de cerveza. Sí, soy yo. La chica me dio las gracias y me contó que ayer su abuela, tras el entierro de su marido, es decir, de su abuelo, desorientada, salió de la iglesia y no daban con ella. La policía les dijo que hasta pasadas veinticuatro horas no se podía denunciar la desaparición. Estaban preocupados, buscándola. A la una de la madrugada la señora llegó a su casa con la tarjeta del bar y diciendo que había estado con Telmo. Después, me puso una entrada sobre la mesa y dijo: ¿te gusta el tenis? Es muy buena zona esta. Ay, muchas gracias, pero de verdad, no hacía falta, respondí. ¿Querés tomar algo?, soltó Guido. No, gracias, tengo que irme. Y la chica sin nombre se fue como vino.

Guido me dio unas palmaditas en la espalda y siguió conversando conmigo como si me conociera de toda la vida: ¡qué linda mina, boludo! ¿Vas a ir al partido? No creo, le respondí. ¿En serio no vas a ir? No sé, tengo novia… me excusé. Y… la mina te invitó al tenis, no te pidió matrimonio.

Como pude, le dije que mejor nos veíamos otro día, que ya estaba por cerrar. ¿Cuándo?, preguntó él. Después del partido, por ejemplo, le contesté. Buenísimo, dijo Guido.

Sábado 21

Pasamos la mañana limpiando. Aunque el piso es ridículamente pequeño, nos gusta hacerlo en equipo. Me desperté en calzoncillos y, tal como estaba, me puse las botas de montaña para quitar el polvo. Carlota se moría de la risa viendo cómo pasaba la aspiradora. La que no parece tener tanto sentido del humor es la vecina de arriba: cuando empieza a subir la temperatura, desde la ventana de su cocina me ve dormir semidesnudo. El otro día nos cruzamos en el portal y me dijo, torciendo el morro: ¿mucho calor? Carlota dice que debería cerrar la ventana, pero a mí no me importa que me vea, le digo. Además, ella también puede bajar la suya.

En medio de nuestra reflexión *Para una ética vecinal. Los límites de la intimidad en la frontera que inaugura el patio de luz comunitario*, Sambra casi nos mata del susto. Saltó al cubo de la fregona que estaba impregnado en agua con lejía. Lo saqué deuna brazada rápida y lo enchufé debajo del grifo de la ducha.

Pensamos en llevarlo al veterinario, pero por la dignidad con que se sacudió el agua y la posterior estirada en el rayo de luz que rebotaba en el parqué, nos pareció que el tema no apuntaba gravedad.

Madrugada

Carlota ya duerme. Por la ventana se cuela el ruido lejano de un ventilador. Mañana a las nueve tengo yoga y ya me está dando pereza. El cuerpo a esa hora está dormido, aletargado. El cuerpo no quiere. Ya no digo fracasar, ni siquiera intentarlo tan temprano. Y yo no estoy para hacer el león, ni la serpiente, ni otro de esos animales que el profesor inventa. Tampoco para quedarme mirando, como cada domingo, cuando toca hacer volteretas y me quedo inmóvil, miedoso. Pongo las palmas de las manos en el suelo frío y hago un amago de coger impulso, pero me freno incluso antes de que algo pueda parecer peligroso. El profesor dice que no hace falta que lo haga, pero que bajo ningún pretexto puedo dejar de intentarlo. O por lo menos de hacer como que

lo intento. Lo que más repite es que vamos a clase a hacerlo mal, vamos a fracasar.

Como en los míticos versos de Beckett, a mí me gustaría fracasar mejor, pero no manejo ese grado de sabiduría. Ojalá, una jornada cualquiera, lo alcance. De momento no me gusta fracasar. Y menos a las nueve de la mañana.

Domingo 22 de mayo

Camino hacia el Rastro directo al puesto de Paco, mi librero underground. Paco es la personificación de Tintín. Al principio me costó entablar una relación con él, yo iba porque los libros son muy baratos y, para ser de segunda mano, los vende en un estado de conservación inusual. Las novedades editoriales están a mitad de precio. Antes pensaba que eran robados, pero cuando me ofreció hacerle encargos me dejó de parecer una opción. Que se puedan hacer encargos no elimina la posibilidad del robo, pero no me imagino a este tipo, que pasa de los cincuenta, metiéndose a robar en grandes almacenes. Quizá por pensar tan mal no le caí bien hasta hace poco. A Paco no le gusta que vayan a verle porque tiene libros asequibles: tiene vocación de librero y yo no me había dado cuenta. A veces me cuesta ver lo elemental. Por suerte, Carlota me sugirió una mañana que, aun sabiendo lo que quería llevarme, le pidiera consejo. Si te gustó *Las malas* me dice, te va a gustar este. Para mí ese rollo travesti es un plomo, pero… a la gente le gusta.

A la vuelta, enfrente del supermercado, siempre se pone una señora que parece Lola Flores.

¡Flores frescas! ¡Flores naturales!

Me mira. Sonríe. No sé si se acordará de mí, alguna vez le compré.

¿Me da un ramito de estas?
¿Las astromelias?
Sí, las amarillas.
Son muy bonitas estas, muy bonitas.
La semana pasada me llevé unas redonditas, pero… no las veo.
Es que voy cambiando el género.
Ya veo, ya.
A estas les irá muy bien una cucharadita de azúcar y un hielo.
¿Hielo?
Sí, un hielo en el jarrón les sienta estupendamente.

Le digo que mi madre me ha contado lo del azúcar, pero que lo del hielo es la primera vez que lo escucho.

¡Pero qué acento tan bonito!
Canario.
Muy hermoso.
Llevo catorce años aquí, pero…
Pero no lo pierdes, ¿eh?
No, la verdad que…
Si es que lo que se aprende en la tierra…

Esa frase es una bofetada. Me desconecta por un momento de nuestra conversación. Miro su piel morena, los rasgos de sus ojos, su mirada limpia y esa mezcla visible entre africana e india. Siento vergüenza por haber querido esconder mi acento todos estos años. Por suerte, los días en la isla me conectaron con un habla donde no hay tensión, como en el punto cero: se agudizó el seseo, voló el «vosotros», se suavizó la che y volvió, aunque nunca se fue, la aspiración de la ese final. Mientras tanto, la mujer de las flores me cuenta que tiene una prima en Tenerife, pero que el avión le da mucho miedo. Que eso va para arriba y te pega para atrás y que luego aterriza y te vas para delante y quita, quita, quita. Me gustaría abrazarla y darle las gracias, porque esta comodidad con un desconocido para mí es casi un milagro.

¿Qué te debo?
Son seis euros, chiquillo.

Mientras me guardo el cambio, ella aparta una flor de otro ramo y me la ofrece.

Toma, para que pruebes nuestros claveles.

Ese «nuestros» me hace pensar en un imperio floral. Y esto es todo lo que necesita la florista para construirlo: la misma esquina de todos los domingos, una sombrilla verde para hacer elogio de la sombra, unos cubos de plástico con agua, flores variadas y la dosis necesaria de presente.

Ya en casa, le enseño mi botín a Carlota: *Soy una tonta por quererte* de Camila Sosa y *Departamento de especulaciones* de Jenny Offill. Le digo que, desde que le consulto a Paco, me cobra menos. Carlota dice que está segura de ello, la gente necesita que la escuchen, me dice.

No fui a yoga.

Lunes 23 de mayo

Voy a la consulta de la psicóloga con Sambra, le pedí permiso a Fernanda porque me da miedo que ande tanto tiempo solo. Después del episodio de la lejía estamos un poco tensos. El conserje del edificio, que ya me conoce, me obliga a tocar el timbre antes de pasar. Me explica que, si no soy propietario o inquilino, me tienen que dar acceso. Además, me indica, no se puede andar con perros. ¿Cómo? Eso tendrá que decidirlo quien me recibe, le digo. En el colo, caballero, en el colo. No entiendo nada. Y entonces me hace unos gestos que indican que tengo que cargarlo en brazos.

Lo primero que digo en la sesión es que el conserje casi no me deja subir. Fernanda actúa como si no me hubiera escuchado, le entra por un oído y le sale por el otro. No opina nada. Supongo que va con su profesión, pero admiro esa capacidad de otros para guardar silencio. Después me desahogo: que no sé si hemos hecho bien quedándonos con el perro, que desde que apareció todo es distinto, las dudas sobre cómo cuidarlo, los líos con la gata. Hay que pensarlo un poquito, ¿no?, pregunta, y me dice que, si bien no quiere aventurarse a sacar conclusiones, le resulta curioso que en las últimas sesiones le haya hablado de la paternidad. ¿Tal vez te gustaría que el hijo también *apareciera*?

Martes 24, madrugada

Haciendo zapping, me encuentro con *Adaptation.* En España la tradujeron como *El ladrón de orquídeas.* En esta película Charlie Kaufman, un guionista interpretado por Nicolas Cage, está tratando de adaptar un libro sobre flores. El personaje, un alter ego del escritor que reniega de las fórmulas comerciales, en un momento de desesperación asiste a un seminario de escritura impartido por Robert McKee, el gran gurú norteamericano del guion. En medio de la conferencia, Charlie levanta la mano y pregunta:

> Señor, ¿qué pasa si uno desea contar una historia en la que no pasa nada, donde la gente no cambia, ni tiene epifanías? Luchan, lo intentan, pero no resuelven nada. Como en el mundo real.

El gurú, haciendo una mueca, le pregunta:

¿Como en el mundo real?

Charlie asiente con la cabeza y un McKee visiblemente enfadado lo aplasta hablándole de genocidio, guerra, corrupción, enfermedad.

¿No pasa nada en el mundo real?

Recuerdo ver aquella escena y pensar que era una genialidad. Vista en retrospectiva es, como poco, tramposa.

Cuando llegué a Madrid veía películas sin parar. Me hice un carné de biblioteca que me permitía tomarlas en préstamo. Fue uno de mis primeros rituales viviendo fuera de casa. Iba dos o tres veces por semana y alquilaba tres deuvedés, el máximo permitido. Por las noches, mientras fumaba en la habitación de mi piso compartido, las veía en el ordenador. En aquel piso, que no tenía salón porque se aprovechaba al máximo la rentabilidad del alquiler, vivía con un matrimonio de origen chino, una chica nigeriana y Sven, un suizo de quien al menos recuerdo el nombre.

Una noche fui a la cocina a por un yogur y me encontré a Sven cenando. Me dijo que en la universidad le habían estado contando sobre la guerra civil española y quería que le explicara un poco más. Con mi casi nulo inglés, traté de argumentar algo así como que había dos Españas. Le hablé de los rojos y de los fascistas, seguramente aquella noche fui un demagogo. En un momento dado, me enrosqué en una palabra o expresión que no sabía cómo decir. Fui a por el portátil, que tenía la imagen congelada de Meryl Streep mirándose fijamente los dedos de los pies, y al salir del reproductor de vídeo y buscar el traductor de Google se descubrió una pestaña pornográfica. Como si tuviera delante a mis padres, empecé a buscar la equis para cerrar la página y me puse tan nervioso que, ante la imposibilidad de sacarme las tetas de encima, cerré la tapa del ordenador. Sven, riéndose a carcajadas, me tranquilizó: *It's fine. I watch porn too!*

Después volví a mi cuarto y terminé de ver la película. En aquel tiempo devoré toda la filmografía de Almodóvar y un montón de cine argentino que llegaba a España, seguramente el más popular. Entre el cine patrio, el Dogma 95 y los taquillazos, Charlie Kaufman se reveló entonces como uno de mis grandes descubrimientos. Siento nostalgia de aquel chico que se emocionaba con el monólogo del ladrón de orquídeas.

Miércoles 25

No fui al taller.

El año pasado tuve un compromiso más fuerte, este empiezo a flaquear, me pongo más trabas, tiendo al sabotaje una y otra vez. Quizá por no encontrar una historia, asoma la idea de que no soy válido, de que no tengo talento suficiente. Me ronda un proyecto desde hace tiempo que no me animo a empezar, apenas una imagen: un padre que viaja a Berlín para visitar a su hijo.

Nada original. Muy liviano. Y ni rastro de trama. Creo que a esto se refiere Fernanda cuando dice que soy un experto en maltratar mi deseo.

Madrugada

Arropado por las sábanas, le pregunto a Carlota: ¿crees que tengo una voz? Tienes una voz muy bonita, me dice. Sonrío y contesto: te lo digo en serio, cuando te leo alguna cosa, ¿sientes que hay una voz? Muy bonita, repite ella. No sé, le digo, siento que ya no es una voz de chico, pero tampoco es una voz de hombre, ¿no?

Qué es un hombre, me dice. Qué significa ser un hombre.

Un chorro fino de pis me saca de la cama. Como un pirómano rociando gasolina, Sambra está sitiando nuestro perímetro de descanso. El olor a periódico meado es insoportable, y últimamente viene acompañado de mierda líquida. Hago el cambio por uno nuevo.

El núcleo de la Tierra se ha frenado
El estudio de cientos de terremotos muestra que la capa más interna del planeta ha perdido velocidad y girará en sentido contrario a la superficie, lo que puede acortar el día e influir en el nivel del mar.

Jueves 26, noche

El suelo del bar es el horror. Tras barrer todo, atrapado en la pata de una butaca, veo un desplegable de papel medio rasgado. Lo abro. *Hoo Beum. 48 años. Paciente asintomático.* Entre líneas negras que ascienden y descienden leo datos que no entiendo. *SR. Ritmo sinusal. LBBB. Bloqueo de rama izquierda*. Guardo el electrocardiograma bajo la caja registradora. Pasa la medianoche cuando suena el móvil, es mi madre.

¿Qué pasó?
Mica, ¿dónde estás?
¡Mamá!
Ay… hijo mío. Estaba llamando a tu tía, perdón.
Joder, ¡qué susto!
Perdona.
¿Dónde estás?
¿Yo? Vine a un duelo.
¿Quién se murió?
¿Tú conocías a Pepito?
¿Pepito?
El señor mayor que hacía los belenes…
No sé, mamá, no me acuerdo.
Que tenía una nieta que iba contigo al colegio.
¿Laura?
Sí, esa chica. Pues el marido de una sobrina del hermano de Pepito… se murió. Ataque fulminante. Estaba duchándose y plas.
¿Y de qué lo conocías?
¿A Pepito? Hombre…. de toda la vida.
No, madre. A Pepito no, al muerto.
Bueno, pues…
Mira, ya me cuentas, que si no…
Ay, el día que tengas tiempo para tu madre.
Mañana hablamos, que estoy cerrando.

¡Bueno! Revisa bien los arrugones.
¡Que sí!
Que siempre hay algún despistado.
Sí…
Tú revuelve, que encuentras.
Un beso a Mica.
A ver si doy con ella, sí…
Adiós.

Mi madre se dedicó toda la vida a limpiar. Está obsesionada con revisarlo todo al milímetro porque dice que siempre cae algo, quien dice algo dice algún billete. Empezó en los hoteles al sur de la isla: Green Golf, Sandy, Acapulco. Al terminar sus vacaciones, algunos clientes le solían dejar propina debajo de la almohada o al borde de las sábanas sucias. Hace diez años cambió de trabajo para seguir haciendo lo mismo. Antes usaba la escoba para barrer habitaciones, ahora despeja las calles con una hoja de palmera que más tarde ondea en el carro como signo de la lucha cotidiana. Cuando le toca trabajar cerca de la playa, me envía amaneceres al móvil, aunque las fotos más habituales son las que manda al chat familiar dando cuenta del dinero que encuentra tirado. Un billete de cinco. Uno de diez. Alguna vez de veinte. La frecuencia de los hallazgos es fuerte, tanto que Carlota ha dudado alguna vez dela veracidad del descubrimiento. Tampoco le parece normal la cantidad de muertos que conoce. A veces, mi madre visita el tanatorio hasta tres y cuatro veces al mes.

Abro el cubo de basura y me planteo revisar los papeles uno a uno, quizás haya pasado algo por alto, pienso.

Lo vuelvo a tapar sin rebuscar nada.

Viernes 27 de mayo

Para comer armé una pasta con lo que fui encontrando: unas sardinas en lata, ajo, cebolla, un chorrito de aceite y un poco de cilantro picado. Cuando terminé, recogí todo, puse el lavavajillas y limpié la encimera, me encanta ese olor químico que queda después.

Por la noche discutí con Carlota. Había preparado todo para que cenáramos juntos, pero un día más se quedó hasta tarde en el museo y no contestaba los mensajes. Cuando llegó, en lugar de preguntarle si estaba cansada o necesitaba algo, traté de contener mi enfado, pero fracasé en el intento y sólo supe cambiar el foco de mi malestar indignándome con su situación laboral. Hace años que trabajas como becaria, ¿por qué no coordinan los funcionarios las inauguraciones? ¿En serio me estás diciendo esto? El manifiesto sindicalista se me tornó en contra tan rápido que, cuando quise darme cuenta, me estaba reprochando el olor a pis por el suelo, la arena de la gata sin limpiar, el filtro de café que tiene que tirar cada mañana o los calcetines que aparecen por arte de magia en lugares recónditos. Al final remató con un: por lomenos tengo un trabajo.

Es de las cosas más hirientes que me ha dicho nunca. Luego me pidió perdón mil veces, me aseguró que no se refería a mi situación, sino al clima que viven los jóvenes. Al clima que viven los jóvenes, dijo, como si fuera la presentadora del informativo.

Envidio a los que disfrutan con la discusión o les resulta vivificante. No sé lidiar con el precipicio que inaugura la riña. Me duermo pensando hasta cuándo voy a tener trabajos de mierda, hasta cuándo voy a ser el que menos gana, hasta cuándo voy a seguir siendo la promesa de otra cosa: el hijo futbolista, el ganador de un Goya, la esperanza blanca de la familia. Hasta cuándo.

Sábado 28

Dormí fatal. Pesadillas toda la noche.

Una luz anaranjada caía sobre la mesa de la cocina. Mi padre estaba allí. Como si llevara tiempo esperándome. Estaba agarrando el Raid, leyendo la etiqueta. Sobre la mesa, un plato con restos de pan quemado y un café solo en un vaso de cristal. Yo llegaba en pijama y él no me decía nada. Me miraba. Sonreía, pícaro, y me miraba. Me invitaba a acompañarle. Todo sin mediar palabra. No pasaba nada especial. Me sentaba y estaba con él. Y sentía que le iba a decir algo. Sabía lo que le quería decir. Tenía en el filo las palabras, en la lengua, en el borde de los labios. Pero no podía hablar. Era como si tuviera la boca cosida. Y entonces yo lloraba como un bebé. Y él seguía ahí, con esa templanza tibetana. Mirándome. Me acercaba su mano y me acariciaba los dedos. Y yo quería tocarle también, pero no podía. No podía mover nada. Hasta que por fin me desperté con el golpe seco de la puerta.

Carlota se fue de casa.

Me pareció raro, tan temprano. Me vestí rápido y fui tras ella, al llegar al portal vi cómo entraba a la panadería de la esquina. Después caminé hasta la boca del metro, en el poste de prensa gratuita cogí un taco de periódicos de ayer. En la misma plaza, frente al teatro, los vecinos han plantado un jardín comunitario, muy chiquito. El olor a lavanda era intenso y me acerqué a verlo, había montones. En algunas de ellas empezaba a aparecer la florecita lila. Al llegar a casa esparcí la cultura por el suelo y tiré economía, opinión y política, ya meadas, a la basura. Mientras separaba las hojas de periódico me di cuenta de que a Frida le asusta el sonido. El miedo es desproporcionado, lleva un par de días azorada en una esquina. Me acerco a acariciarla con la intención de calmarla. Ronronea, parece que funciona.

Domingo 29 de mayo

A media tarde, mientras el perro dormía plácidamente en el sofá, la gata se acercó a olisquearlo. Desde el suelo, alzó las patas delanteras para olerle el hocico y, en el intento detectivesco, lo despertó. Sambra pensó que la gata quería jugar y, nada más abrir los ojos, se lanzó sobre ella como en una cama elástica. Volaron zarpazos, se escucharon bufidos, largo etcétera. Los sinsabores propios de la contienda. Al final le quitamos al perro una uña muy cerca del ojo.

Olvidé que había Rastro.

Lunes 30 de mayo

Riego las plantas del salón. Les dedico atención una por una. Meto el dedo en la tierra, compruebo si sale seco o húmedo. Voy a la cocina, lleno un cacharro con agua y las empapo a discreción. Hacía tiempo que no lo hacía. Me gusta ocuparme, pero cuando Carlota se entrega a una tarea, desaparezco. Pasa con la arena de Frida, con los platos sucios o con el polvo de la casa: si ella pone el cuerpo, me desplazo. El complejo diálogo del nosotros. Por suerte, tomar notas me vuelve voluntarioso. Estas páginas están llenas de lejía y suavizante, de listas de la compra, de fregonas que aligeran las manchas del piso. La escritura balancea la convivencia, aunque me reconcome esta situación. El pan, por ejemplo, se corta y se reparte. Me pregunto cómo repartir los cuidados sin la necesidad de rebanarlos.

Madrugada

A veces, cuando me toca el cierre del bar, me gusta descansar sobre la barra y fumar un cigarro. Desde ese lugar contemplo lo que pasa detrás de la vidriera que da a la calle: el basurero que va dejando un reguero de líquido de las bolsas, el neón fundido del karaoke, el interior del autobús que va casi vacío, iluminado. Amo esa sensación de estar vivo cuando todo el mundo duerme. Anoche tomé unos mezcales después de acotejarlo todo. El mezcal me pone creativo, tiene algo de viaje astral. Después volví andando a casa como quien forma parte de una película. Impulsado por el alcohol y la música en los auriculares, llegué con ganas de hacer cosas. Encendí el portátil y encontré una página que lista mes a mes las convocatorias y concursos para escritores. Avanzo en un proyecto narrativo que voy editando según el destinatario y que últimamente cobijo bajo el paraguas de la «autoficción», una etiqueta que sirve para todo y que no sirve para nada. Se trata de la historia de un padre que visita a su hijo en Berlín y durante diez días, entre otras cosas, pasean, conversan, van al

supermercado, arman una biblioteca. En el dosier puse énfasis en palabras como «cuidados», «nuevas masculinidades», «feminismo». Desde hace años soy el eterno aspirante. El resultado es siempre el mismo:

Buenos días:

Nos ponemos en contacto contigo para comunicarte que, lamentablemente, tu proyecto no ha sido seleccionado para formar parte de la nueva edición del programa de residencias. Recibimos cientos de solicitudes, miles, millones, la decisión final ha sido muy complicada. Esperamos poder contar con tus proyectos en futuras convocatorias.
~~*Ya sabemos que lo necesitabas más que ningún otro, pero los ganadores, que no tenían una necesidad tan acuciante, son una panda de enchufados con un futuro prometedor. La mayoría viene de familias bien. Han estudiado en colegios privados, tienen un nivel de inglés que roza el bilingüismo y una vez a la semana practican pádel.*~~

~~*Pese a todo, esperamos que comprendas que ni el mundo está en tu contra ni la vida te debe nada. No seas resentido, que luego pasa factura.*~~

Atentamente,
el equipo de Residencias

Lo cierto es que lo mínimo para obtener una beca de escritura es haber escrito algo, qué digo haber escrito, postular, convencerles con un buen dosier. Si dedicara el tiempo del berrinche a la escritura, otro gallo cantaría.

Martes 31 de mayo

El perro tiene su comida, pero por algún motivo prefiere la de la gata. Ella, cuando lo ve en su comedero, se engrifa como un pavo real. A él parece no importarle. Me cuenta Flor que es de lo más común, seguramente prefiere la comida de Frida, más grasosa. Desde luego no es tonto, le digo. ¿No anda con cagadera?, me pregunta. Claro, ahí está el punto, muchos días caga líquido.

¡No seas ladrón, Sambra!, le digo ahora cuando intenta garrapiñar de la gata. En el fondo lo entiendo, yo también tiendo a pensar que lo mejor está en otra parte.

Por la tarde, Silvia me llamó para que le enviase un CV. En la universidad están buscando a alguien para impartir una asignatura de escritura creativa el próximo curso. Dudé hasta el infinito por mi inconmensurable síndrome del impostor, pero le dije que claro que sí y se lo mandé.

JUNIO

Miércoles 1 de junio

En el recinto del Open Mutua Madrid pregunto a un policía por qué puerta debería entrar. Sin decirme nada, señala a un chico que lleva un chaleco fluorescente. Menudo imbécil, pienso, y me acerco al chaval, que parece un recogepelotas. Me indica que estoy en el lado opuesto, así que me toca dar una vuelta enorme. Me sudan las manos. Siento como si les hubiera mentido a mis padres para meterme en un concierto y beber toda la noche. Llego a los tornos que me habían indicado. Suena el móvil, es Carlota. Me quedo mirando la pantalla y, tras dudarlo unos segundos, pulso la tecla lateral y quito el sonido. Paso el código de barras por la máquina y camino al final del pasillo. Me asomo por fin al estadio, no cabe un alfiler. Miro a un lado y veo a un chaval con gorra verde de Lacoste, junto a él una chica rubia que parece modelo, los dos llevan unas gafas de sol demasiado grandes para sus caras. Es curioso eso de la gente famosa, en el afán de desaparecer se vuelven más visibles. Un guardia de seguridad me dice que no puedo estar en medio del tránsito. ¿Cuál es su asiento? Le doy el papelito y mientras me ubica reparo en mis zapatos, se me rajó un poco la puntera. Suba dos filas y ahí lo tiene, me dice. Me fijo y ahí está, la chica sin nombre que me hace un gesto con la mano. Daniela, que por fin me dice cómo se llama, le quita importancia a mi calzado, que es lo primero que mencioné derretido por los nervios. Son chulísimos, así gastados tienen más vida, me dice. Escuchándola, risueña y despreocupada,me parece de esas personas que crecieron con todos los lujos y comodidades. Como los de las gafas, quiere parecer otra. Mantener un perfil bajo. Pero, por si me quedaba alguna duda, terminó de delatar su clase social cuando dice, como si fuese algo exótico, que sigue viajando en metro.

Es increíble ver un partido de tenis tan de cerca, casi no soy capaz de distinguir la bola, la rapidez con la que pasea por la pista me abruma, en televisión es otra cosa. Mientras continúa el peloteo, incansable, se me acumulan las llamadas perdidas en el móvil. Al cierre

del primer set, no aguanto. Le pido a Daniela mil disculpas y le explico que me tengo que marchar. Me pide mi número de teléfono, se lo doy. Camino unos metros y ya alejado del estadio le devuelvo la llamada a Carlota. ¿Dónde estás?, me pregunta. ¿Y tú?, evado yo. Estoy en el centro de salud, me desmayé en el supermercado, pero estoy bien, me dice. Voy para allá, le digo, y se me acelera el corazón.

En una papelera cercana me deshago de la entrada.

En el bar, antes del cierre

Recojo las últimas bolas de papel bajo las sillas: una apuesta deportiva, la lista de la compra y mucha servilleta malgastada. Saco el cubo a la entrada para que se lo lleve el camión. Me llegan varios mensajes de un número desconocido: *¿Todo bien? Espero que sí. No te perdiste nada, muy aburrido desde que te fuiste*. Me limpio las manos pringosas con el trapo. Ante la indecisión sobre si responder o no, opto por el camino más cómodo: bloqueo el contacto.

Jueves 2 de junio

Ayer no fui al taller.

¿A cuánto equivale un mes en vida de perro? Sambra está cada vez más largo. Creo que Frida lo percibe, antes lo soportaba, ahora sabe que él va a ser mucho más grande que ella, que no será tan dócil. Marca el territorio aprendiendo una coreografía: bufa, se eriza, se frota en los muebles y en los bastidores de las puertas.

Podría escribir literatura infantil, por ejemplo *Las aventuras de Sambra*. Una propuesta estructural:

I. Perrito barman
II. Un invitado inesperado
III. Agua y lejía
IV. Panza arriba
V. Más o menos bien

Viernes 3, en el bar

Esa gente que pide una tostada con mantequilla a las doce de la noche, o que a las nueve de la mañana quiere desayunar un cocido. Esa gente es un cuento de Chéjov: «Un hombre, en Montecarlo, va al casino, gana un millón, vuelve a casa, se suicida».

Hoo Beum llegó cerca del cierre a preguntar por su corazón. Me costó un buen rato darme cuenta, por un lado, de que el Jobón de mi cabeza tenía una grafía bien distinta en coreano y, por el otro, de que «papel corazón» era electrocardiograma en esta nueva lengua. Aunque, sin duda, la expresión más inquietante me la dijo antes de irse. Sonriendo, con su prueba de vuelta, dijo: corazón roto, pero fuerte. No sé si sufre alguna dolencia cardíaca o si anda con un lío amoroso.

Sábado 4 de junio

Descubro nuevas zonas de mi barrio paseando junto a Sambra. En lugar de subir por donde los restaurantes indios, voy de una punta a la otra de Doctor Fourquet, famosa por las galerías de arte. Hay un parque en mitad de la calle, un cartelón en una puerta grande anuncia: ESTA ES UNA PLAZA. Pasamos a echar un vistazo. Un señor con botas de plástico y un lápiz en la oreja da vueltas sobre un huerto urbano, anda midiendo de aquí para allá. Al fondo del solar hay un anfiteatro de madera. Además de plantas, todo está lleno de mobiliario hecho de palés: algunas sillas, mesas, incluso estanterías con libros infantiles.

Vuelvo a *La próxima novela* de Felipe Becerra: «Cuando me preguntan sobre qué trata mi novela, nunca sé qué responder. No me gustan las novelas cuyos lectores son capaces de responder a esa pregunta».

Sambra empieza a mear en el borde de una mesita, me entero porque un hippie al otro lado grita: ¡eh! ¿No has visto que no se pueden entrar animales? Perdona, le digo, no me he dado cuenta. ¡Pues está bien clarito a la entrada! Mientras nos miran, recojo mi libro y salimos de la plaza. Recuerdo esa película argentina, *Todo sobre el asado*, donde hacia el final empiezan a desfilar personas ante la cámara y el narrador, voz en off, conjetura si son de derechas o de izquierdas. En un momento aparece una chica con vestido florido, rastas y una pancarta que, en letras gigantes, reza: GO VEGAN! El narrador no duda: de recontra derecha.

Domingo 5 de junio

Lunes 6

Cuando una página quedó en blanco, ¿pasó algo?

En *Del cliché al hecho pictórico* Deleuze confrontaba con la idea de la página vacía, de una estupidez increíble, decía. Le causaba cierta gracia el desasosiego de los escritores por llenarla o por escribir unas palabras. Según él, la página en blanco ya está llena de cosas, sólo hay que suprimir lo que sobra para encontrar lo esencial.

Muy habilitantes las palabras de Deleuze, pero ¿qué pasa cuando la página que hay que escribir pertenece a un diario? ¿Está llena también? Y si lo está, ¿qué contiene? ¿Experiencias veladas? Y, en ese caso, ¿vivimos para descifrar la experiencia o la escribimos para después encarnarla?

Martes 7

La última de Sambra: meterse al arenero de la gata y comerse la mierda. Para compensar, estoy más pendiente de Frida. La acaricio, dormimos la siesta, le doy un premio de salmón, pero no lo toma entero. Eso es lo más extraño.

Me entero de la cita por el imán de la nevera: *Centro de especialidades ginecología y obstetricia. Fecha: 14 de junio. Hora: 16:52.*

Miércoles 8 de junio

Una compañera incluyó en un poema la palabra telo y le pregunté por el significado. Me contó que es lo mismo que hotel, pero con las sílabas al revés. Se abrió debate, las palabras vienen del vesre, que es un mecanismo de creación que se hizo popular en Argentina con el fin de generar una comunicación en clave, me contaron. Luego se popularizó con el tango. Otra compañera dijo que viene de una jerga, el lunfardo, que usaban las clases bajas a mitad o finales del diecinueve en el Río de la Plata. Las palabras principalmente son de origen italiano (lombardo), pero en su etimología hay otras zonas presentes, como Francia o Portugal. Donde sí coincidían todas es en que algunos términos del lunfardo también corresponden al vesre.

Busco palabras del lunfardo: laburo, bacán, cana, reculé, quilombo, pucho.

Del vesre: ajoba, tordo, zapi, colimba.

Pienso que en Canarias tenemos también una suerte de jerga mezcla del inglés o, a veces, del portugués. Quizá mi filia con este país viene del lenguaje, tal vez nada escape al lenguaje: alongar (*to longer*), fonil (*funell* o *funil* en portugués), queque (*cake*), bisne (*business*), quinegua (*King Edward*), naife (*knife*).

Algunas se explican solas, otras, como quinegua, se pueden encontrar en los carteles que anuncian papas en el supermercado. Quinegua es un tipo de tubérculo que tomamos en las islas, *King Edward* es lo que podían leer mis paisanos por fuera de los sacos de las papas importadas.

El naife no sólo es una palabra linda, se trata de un cuchillo típico de las islas que se construye de forma artesanal, en el mango suele tener motivos aborígenes, como las pintaderas. Mi abuelo paterno, que era pastor, tenía uno que usaba para cortar el pan duro que sobraba en la casa y que llevaba al establo. Lo recuerdo sentado, en la azotea,

rebanando el pan hasta que el balde rebosaba. Creo que luego lo mezclaba con leche o agua para las cabras.

Hoy no compartí texto. La consigna consistía en construir un poema narrativo, pero no entiendo muy bien esa frontera literaria, ni tengo autoridad para la poesía.

Jueves 9

El próximo miércoles 15 tengo entrevista en la universidad. Cuando pensé que ya no quedaba esperanza alguna, me llamaron para avisarme. Las llamadas, como el correo postal, han perdido valor. Ya casi no hay esperas, tiempos muertos donde la vida se pone en pausa. Todo va a un ritmo inalcanzable. Aunque romantizo, a veces echo de menos ese tiempo donde el cuerpo era más importante. Tener que mirar un mapa, tocar el papel. Acudir a una cabina telefónica porque no hay teléfono en casa. Esperar a que llegue el otro: la noticia, el cartero, un amor. Me pregunto cuál podría ser ese acontecimiento, esperado o no, que le dé un sacudón a la novela que me ronda del padre y el hijo. Imagino algunos supuestos:

El padre se cae por las escaleras y se rompe el fémur.
El padre le revela al hijo que es, en realidad, su padrastro.
El padre se enamora de la novia de su hijo.
El padre, al poco de llegar a Berlín, se queda mudo por razones desconocidas.

Todo me resulta artificioso. ¿Por qué esta resistencia a la trama si toda ~~ficción~~ verdad empieza por la impostura?

Madrugada

Esta noche en el bar, a eso de las diez, llegó un cincuentón barbudo y descalzo, flaco como un guirre. Iba en compañía de un perro carlino que, a juzgar por el ronroneo jadeante, parecía tener una escasa esperanza de vida.

¿Me pones un Pasolini?
¿Perdone?
Un café con un chorro generoso de coñac. A Pasolini le encantaba, ¿lo conoces tú a Pasolini?
Sí, claro.

Sabrás entonces que le gustaba…
Son dos euros.
Tranquilo, que te voy a pagar, ¿eh?
Es que se paga por adelantado.
Soy leído, no te vayas a creer. ¿Te gusta la poesía?
No mucho.
Pues mira, te voy a leer una cosita.

En ese momento, el hombre subió a la banqueta y tuve el impulso de grabarlo con el móvil. Ahora, en el vídeo, se distinguen perfectamente las uñas negras y largas sobre el relleno del asiento. Desde la altura, abrió su cuaderno y empezó a recitar a toda voz:

Saliendo de aquel club
rendido a la madrugada
me dijeron más de mí
los carteles de neón
que aquel viaje de ayahuasca
en el Yerupajá.
Los destellos emergían
por brazos, torso, manos, piernas.
Como estrellas que titilan
me enseñaron que
no importa
si olvidaste o no
conoces
el camino
porque lo que emana dentro
alumbra
en un instante
cómo volver a casa.

En el vídeo se cuela la voz del encargado: que se baje ahora mismo.

Viernes, día 10 de junio

Pronto es el cumpleaños de Silvia. No me gustan los cumpleaños, me pone nervioso regalar. Da igual que sea Navidad, el día del padre o un aniversario, tener que hacer un regalo por una fecha especial me genera ansiedad. ¿Le gustará? ¿Será suficiente? ¿Compro algo o lo hago como un artesano? Durante los meses o semanas antes de la fecha se me ocurren ideas geniales, pero cuando se acerca el momento, vuelan.

Paseo por el centro comercial. A mi alrededor tengo un par de ópticas, tiendas de ropa, una juguetería, una tienda nórdica con todo tipo de detalles, un supermercado gigante y un gran almacén de libros. Todo me parece impersonal. Miro opciones en el móvil, tecleo: qué regalar mujer cuarenta años. La búsqueda me devuelve charms de Pandora, packs de cremas hidratantes y masajeadores automáticos para la espalda. Definitivamente, el concepto de mujer de cuarenta años de Google no está alineado con mis necesidades. Pero mucho menos con las deSilvia.

Mientras curioseamos por una tienda de cerámicas, Carlota se tira al suelo, se tumba como si fuera a dibujar un ángel sobre la nieve. ¿Estás bien? La pregunta me resulta absurda, pero la hago de forma automática. Le digo que vayamos al médico, pero me dice que no, que ya va a estar bien. Conoce la sensación, no es preocupante, me dice. La chica de la tienda trae agua. Ya se me pasa, desde pequeña me dan mareos, le cuenta.

Poco a poco recobra el aliento. Insisto en que vayamos al médico, pero no me da bola. Apenas faltan unos días para su cita.

En el bar

Hoy se cumplió la máxima entre porquería y clientela. Demasiados papeles como para revisar uno a uno. Barro sin más intención que terminar cuanto antes.

Sábado 11

La convivencia entre Frida y Sambra es cada vez más insostenible. El chileno sólo quiere jugar. La mexicana es feliz en el recogimiento y la oración.

Domingo 12 de junio

Ayer me prometí que había aprendido algo: querer es ir con todo. Pensé que no importa que esté lejos, que me dé pereza o que esté cansado, si luego me sienta bien.

Hoy cumplo un mes sin ir a yoga.

Todos los domingos me invade una ola de tristeza y la dejo entrar. Esta vez me pegó más fuerte. Me pareció un mundo lo que tenía por hacer y no hice nada. No tener nada para compartir el miércoles me terminó de hundir. Fede me dijo que no sea tan rígido, que acompañar también cuenta. Luego me preguntó qué hice durante la semana. Le conté todo y él dijo algunas cosas como escribilo, introducí lo doméstico, el humor, exagerá, mentí un poco… ¡o usá la consigna!

La propuesta de escritura es escribir un cuento que incluya un fantasma como personaje, nos dejó unas preguntas para adecuar el código:

> *¿Este fantasma puede mover objetos, interactuar, tiene pensamientos, sensaciones? ¿Qué tipo de narrador se utiliza para narrar un fantasma? ¿Se podría utilizar una «tercera con» parada en el hombro del fantasma?*

Yo no escribo sobre fantasmas, pensé. Pero no dije nada.

Después salí al salón y puse la tele y me acerqué a una planta y le quité el polvo a una hoja con el dedo y me quedé mirándolo y… Un argentino diría que me dio fiaca, que es algo así como que me dejé arrastrar por la pereza.

Y dice mi terapeuta que la pereza es una forma radical de borrarnos la vida.

Lunes 13

El piso es una suerte de Bronx en miniatura entre el perro y la gata.

Le digo a Flor que me empiezo a plantear seriamente buscar otro hogar para Sambra, pero que la sola idea de pensarlo nos hace morir de culpa y de pena. De culpa nada, todos tenemos nuestras circunstancias, me dice. Aunque antes de llegar a ese punto nos recomienda los últimos intentos. Lo primero es separarlos por espacios. Le digo que en una casa que prácticamente se divide en dos esto se vuelve una medida compleja. La gata tiene que estar en un ambiente con la puerta cerrada y el perro afuera. Así que uno al baño y otro al salón-cocina-habitación. Luego hay que darle a la gata algún objeto del perro y viceversa. Y en medio de la rejita que armemos en la puerta, un comedero por cada lado. De este modo, cada vez que van a comer tienen un momento de intimidad.

Cumplimos con todo, esperanzados.

Leo a Carrère: «Puede calificarse de yoga todo aquello a lo que uno se dedica con seriedad y amor, desde el kung-fu hasta el cuidado de una motocicleta».

Martes 14

La sala de espera de la ginecóloga está a rebosar. Entre todas las mujeres, soy el único varón. Las paredes están atestadas de carteles sobre el embarazo. Por suerte, no tenemos que esperar mucho, aunque no me permiten entrar alegando un nuevo protocolo pediátrico.

Alimentación segura durante el embarazo. Cuarenta semanas de tranquilidad.
Si tiene más leche de la que su bebé puede tomar, no se preocupe… ¡done! Los prematuros se lo agradecerán.
¿Acabas de tener un hijo? Ya puedes solicitar online tu prestación por nacimiento y cuidado del menor.

Pienso en una mujer que esté teniendo problemas para quedarse embarazada y siento que esta puede ser la sala del terror. Miro a una chica que está amamantando a su bebé y se da cuenta. Aunque el contacto es fugaz, me percibo como si fuera un mirón en el parque del Retiro. Ver cómo se alimenta a una cría puede ser un ejercicio hipnótico. Nunca sé muy bien qué hacer en estos casos. ¿Pensará que le estoy mirando las tetas? Me dan ganas de acercarme y de explicarle que no me estoy fijando en sus tetas, que ese gesto tan primitivo del niño es lo que me parece inverosímil. Veo cómo otras madres cuchichean, imagino que les parece dantesco que un tipo suba aquí a espiar, me dan ganas de levantarme del asiento y, observándolas a todas al mismo tiempo, gritar: ¡de verdad que no le estoy viendo las tetas!

Por suerte, Carlota sale.

Me han pedido una citología, una ecografía y unos análisis.
¿Pero te han dicho qué podría ser?
Pueden ser muchas cosas, la médica ha sido una borde. Parece que en lugar de con una persona hablasen con una máquina. Dice que pueden ser desde ovarios poliquísticos, endometriosis o… cualquier cosa. En los análisis me piden indicadores tumorales.
¿Cómo indicadores tumorales?

Sí, dice que hay que revisarlo todo. Que no es lo más común, pero que su tarea es revisar todas las opciones.

Mientras trato de aparentar templanza me entran ganas de vomitar y me aguanto. Ya verás, le digo. Estoy seguro de que todo va a estar bien. Le doy un abrazo y me quedo dándole vueltas a las pruebas que tiene que hacerse. Pensaba que no habría nada peor que la hipocondría, pero estoy descubriendo que sí, que la hipocondría por terceros puede ser aterradora. No quiero imaginarme con un bebé: su tos, sus mocos, sin opción de preguntarle cómo está.

Noche, en el bar

Llega Guido de visita. Le digo que mientras trabajo es difícil que lo atienda. Che, ya sé. Quedate tranquilo.

No sé cuántas birras lleva y, si espera que lo invite, va listo. Con el encargado rondando es imposible. Me cuenta que la próxima semana hay una proyección de cortos alemanesen la Cineteca y que si le quiero acompañar, que a él le encanta la cultura alemana. Dice que su idea era irse a Berlín hasta que apareció la madrileña.

Bueno, Madrid es una ciudad que también…
Sí, sí. Me regusta Madrid, aunque Berlín es… cómo te digo, la nueva Nueva York.
¿Tanto?
Los alemanes son increíbles y… ¿viste que tienen una palabra para todo?

Como argentinófilo me salta una alerta al escucharlo, puede ser que los alemanes tengan una palabra para todo, no digo que no, tampoco sé alemán, pero estoy convencido de que en Argentina son más precisos. ¿No se da cuenta? Cuando algo está bien la gente mira para Europa y yo… no sé, tal vez hay algo en la inflación que me convoca. Bancar, por ejemplo. Yo te banco. Tú me bancas. Bancate ese defecto. ¡Qué hermosura! Bancar como gesto, el gesto de sostener, de sostenerse, de sostener al otro. O copar. Algo que me gusta, me copa. Me copa como la copa de un árbol. Y claro que espreciso decir que me copa en lugar de

que me gusta porque lo que me copa está ahí arriba. El objeto de deseo tiende a lo lejos.

Unheimlich, mirá qué lindo. Se dice aaanjaimlik.
¿Y qué significa?
Es como… es medio freudiano, no tenemos nosotros una palabra. Podría ser inquietante.
Entiendo.
Pero… Freud le dio un valor, es un sentimiento de miedo o angustia hacia algo oscuro, tenebroso.

Mientras se vacía la barra, seguimos jugando a los traductores. Menos mal que no nos escucha nadie. El encargado se va antes. Le invito a todo a Guido.

Miércoles 15 de junio

La entrevista salió mejor que bien. Me mostré dinámico, seguro de mí mismo, con las ideas claras, todo lo que se espera de una entrevista de trabajo. Al final, de tan bien, casi me come el personaje.

> No leen nada, no.
> Hay poca cultura del esfuerzo…
> Vienen sin referencias.
> Yo trato de que se interesen por los relatos en general: el teatro, la novela, el cine…, no como obligación, sino acercándoles la escena contemporánea, siempre les digo que me manejo con una mezcla entre informalidad y rigurosidad.

Cuando me creía el más canchero, la entrevistadora me bajó a tierra:

> No sé si te dijimos, pero no eres el único candidato. Nos ha gustado mucho tu perfil, pero hay todo un tema de porcentajes que tenemos que estudiar sobre doctores y doctores acreditados. Aun gustándonos más tu candidatura, si necesitáramos subir ese índice, va a ser difícil que podamos contar contigo.

Volví a casa hundido. Al llegar le dije a Carlota que fue la mejor entrevista de mi vida, pero que, según me dijeron, probablementeno me van a llamar porque necesitan doctores o doctores acreditados.

¿Acreditados por quién?, me preguntó Carlota. Eso mismo pensé yo, le dije.

No fui al taller.

En el bar

En los bares de Madrid es casi una señal de buena educación tirar las servilletas fuera de la papelera. Para los madrileños es indicativo de trajín. Nadie quiere frecuentar un bar sin vida. Por suerte hoy no había mucha porquería. Abrí un par de papeles arrugados, nada interesante:

un ticket del Zara y un turno de la pescadería, el treinta y siete. En los descansos, no pude evitar el googleo compulsivo.

> *El cáncer de cuello uterino es un tipo de cáncer que se produce en las células del cuello uterino, la parte inferior del útero que se conecta a la vagina. Varias cepas del virus del papiloma humano (VPH), una infección de transmisión sexual, desempeñan un papel importante en la causa de la mayoría de los tipos de cáncer de cuello uterino.*

Antes de que le detectaran el cáncer, mi abuela había encontrado un bulto que, por meses, no paró de crecer. Pensó que se iría con el paso de los días y continuó haciendo su vida hasta que un miércoles cualquiera, mientras se duchaba, le pareció demasiado. Me salió un huevito en el pecho, dijo. Sintió un pájaro anidando y le acomodó sus ramas.

Jueves 16

En televisión veo un reportaje sobre hijos de la guerra, personas que huyeron de distintas guerras hasta instalarse en territorio seguro. Teresa huyó hacia Leningrado tras presenciar el bombardeo de Guernika y allí la cogió de lleno la Segunda Guerra Mundial. Sólo tenía doce años. Al llegar, conoció a Ignacio, un muchacho español cuatro años mayor que ella. En la recepción de un alojamiento, mientras esperaban un trámite para hospedarse, una amiga que la acompañaba le decía: ¿qué pasa, Teresa? Y ella contestaba: nada, no puedo dejar de mirarlo.

Empezaron a quedar por las noches. Después de la cena, quedaban a bailar en el salón del albergue. En algún punto Ignacio se enfadó porque Teresa no quiso darle un beso en los labios, con la pubertad recién estrenada los besos no entraban en sus planes, pero siguieron juntándose. Meses después, él se formó como aviador y partió hacia Moscú. Durante años se cartearon. En ese tiempo, ella se dedicaba a ir de un hospital a otro a cuidar de los heridos. También entraba a las casas a recoger cadáveres para enterrarlos, aún conserva imágenes muy nítidas. A veces, una persona estaba con un muerto en la cama y me decía: vaya con cuidado, no lo despierte. Con la guerra se trastornaba la gente, le dice Teresa al reportero.

Un día, entró en una casa y arrastró un cuerpo escaleras abajo. Los llevábamos a rastras porque no teníamos fuerza, no te creas, cuenta. Al llegar a la puerta se dio cuenta de que al muerto le faltaba la cabeza. Su acompañante le sugirió dejarlo estar, pero a ella no le pareció una opción. Subió cinco plantas hasta que encontró la cabeza del civil y la enterró junto al cuerpo. La doña, que debe tener unos noventa años y una entereza titánica, cuenta también cómo, en una época de escasez total, empezaron a tener carne a la hora de la comida. ¿Carne?, le pregunta el periodista. Sí, carne. Todos sabíamos. Nos mirábamos unos a otros en el comedor. Comíamos. Y nadie preguntaba.

Dice que la ilusión por encontrarse con su pretendiente le daba fuerza cada mañana. Yo pensaba en mi Ignacio, más pronto que tarde

tenía que verlo. Y en cuanto cumplió los dieciséis partió hacia Moscú en busca de su amor. Una vez allí, con una foto que conservaba en su cartera, lo buscó y lo buscó y lo buscó. Hasta que un miembro de las tropas que batalló con él le confirmó su muerte. Yo pensé que me volvía loca. Yo me quería matar, no quería vivir. Me ingresaron en un hospital, me ponían una camisa defuerza y… así estuve todo un mes. Hasta que me convencieron de que era la guerra y que le había tocado a él, que era mala fortuna. Luego me volví a España, cuenta Teresa, y luego hay un silencio. ¿Cómo se sobrevive a eso?, pregunta de nuevo el reportero. Porque no se pensaba en uno mismo, contesta ella.

Al escucharla, mi voz se queda diminuta. La puta primera persona nos tiene atomizados. Escribimos sobre lo especiales y únicos que somos, cuando en realidad por dentro fluyen los mismos terrores, las mismas dudas. Explosiones y estallidos, supongo, no sólo corrían los cuerpos del territorio, los zambombazos se llevaban consigo cualquier atisbo de subjetividad.

Gombrowicz lo tenía más claro:

Lunes Yo.
Martes Yo.
Miércoles Yo.
Jueves Yo.

Viernes

Quedo con Silvia para ver la nueva obra de su marido, que también fue mi profesor. A la salida del teatro nos metemos en un bar a tomar algo. Estamos rodeados de actores, actrices y demás gentes de la escena que ahora comentan, por ejemplo, que los intérpretes han estado muy bien o que la anterior estuvo mejoro que cómo ha pulido la técnica el director. O los peores: aquellos que andan diciendo que esta es una obra necesaria, como si la obra fuera un ibuprofeno, un tampón, mercromina, en fin, un producto de supervivencia.

La endometriosis es un trastorno a menudo doloroso en el cual el tejido similar al tejido que normalmente recubre el interior del útero (el endometrio) crece fuera del útero. Puede causar dolor, a veces grave, especialmente durante los períodos menstruales. También se pueden presentar problemas de fertilidad.

Antes de preguntarle si supo algo de mi entrevista, hacemos un recorrido por las pruebas de Carlota. He intentado no mirar en Google porque casi todo lo que se busca ahí es terminal e irremediable. Me dice que esté tranquilo, que el trabajo de cualquier médico es siempre descartar lo más común. Peor me lo pones, le digo, ¿para descartar lo más común le piden esos indicadores? Ella insiste con su explicación tranquilizadora, su hermana es médica de familia. Si los resultados son negativos, me dice, no hay nada por lo que preocuparse. Y si son positivos, no indica presencia tumoral en todos los casos. Yo no entiendo nada. Ella se pone cada vez más didáctica: la cuestión es que pueden salir positivos y eso no quiere decir nada. Y si salen negativos, todo está bien. A mí me pidieron esos indicadores antes de tener a Teo.

Cualquiera que conozca a Teo querría que fuera el hijo propio. Lo tuvo al borde de los cuarenta, cuando la «mínima probabilidad» se vuelve un monstruo que acecha. Y ahí está, con cinco años, hijo de escritora y dramaturgo, una promesa de las letras.

Al irse me dice que no esté mal, que es probable que me den buenas noticias de la universidad. ¿En serio? Les encantó tu entrevista, me cuenta. Deberían llamarte de un momento a otro.

Sábado 18 junio, sierra de Madrid

Intento animar a Carlota proponiéndole una excursión al bosque Finlandés. Es un bosque con cierta similitud a los parajes nórdicos en medio de la sierra de Madrid. Parece muy bonito, le digo. No hace falta que sea escandinavo para que me apetezca, bromea ella. Se toma un analgésico y nos ponemos en marcha.

La invitación le cambia el gesto. Ha traído una videocámara que le compré en su cumpleaños y que usa para grabarnos obsesivamente a Frida o a mí, según el día. Llegamos al valle de El Paular y desde el aparcamiento se ve el monasterio de Santa María. Conforme nos acercamos a la construcción de piedra se hace más evidente el silencio. Alrededor, unos monjes pescan en un arroyo. Otro está podando la hierba frente al portalón principal. Carlota va filmando todo e imitando la voz en off de una reportera de investigación:

«El escritor se encuentra en su hábitat natural…».
«El monasterio le ofrece el silencio que tanto anhela para su trabajo…».
«La vida en el valle es pura armonía…».
«La meditación es una gran herramienta para los creadores…».
«Uy, parece que el escritor ha pisado una bosta gigante y tiene serios problemas para continuar su ruta…».

Miro a Carlota esperando instrucciones de uso. Mi cara es de pánico. Tengo una pierna encallada en una montaña de estiércol. Le entra una risa incontrolable que se me contagia al instante, los monjes de alrededor nos miran. Pedimos perdón con las manos y salimos del monasterio arrastrando la mierda que me llega hasta el tobillo.

Nos sentamos en un pequeño lago, me quito los pantalones y los froto con el agua. Luego los tiendo en la hierba. En calzoncillos, metumbo a leer y de vez en cuando, al hacer algún movimiento, me pico con la pinocha que hay alrededor. Me quejo con los pinchazos. Carlota sigue con su juego:

«Al escritor le gusta el bosque, pero no tanto el campo…».

Me alegra que el plan improvisado la haya hecho reír. A la vuelta, paramos a comer en un asador y volvemos pronto para evitar tráfico.

Al entrar al apartamento, el escenario del Bronx es un decorado de *Romeo y Julieta*. Cada uno en su territorio, pero casi tocándose los hocicos en la rejilla, duermen Sambra y Frida. Trato de eliminar la separación y la gata levanta los bigotes, amenazante. La consigna es clara: juntos pero no revueltos.

De madrugada

Carlota se despierta. Las sábanas están empapadas en sudor. Me asusto, ¿estás bien? Tráeme un ibuprofeno, por favor. Se lo llevo a la cama. Vuelve del baño, tiene mala cara. Ay, cuánta sangre, me dice. Hacía mucho que no tenía una regla así. ¿Quieres que vayamos a urgencias? No, ya se me pasa. Caliento una bolsita con agua y se la coloco en la tripa. Poco a poco se va tranquilizando hasta que se queda dormida. Yo caigo otra vez en la obsesión de googlearlo todo, como si fuese a encontrar alguna solución.

> *El síndrome del ovario poliquístico (SoP) es una afección en la cual una mujer tiene unos niveles muy elevados de hormonas (andrógenos). Se pueden presentar muchos problemas como resultado de este aumento en las hormonas, incluyendo: irregularidades menstruales, infertilidad, problemas de la piel, como acné y aumento de vello, aumento en el número de pequeños quistes en los ovarios, resistencia a la insulina, con mayor riesgo de desarrollar diabetes.*

Domingo 19

Subo por Gasómetro hasta el final de la calle y llego a la plaza del Campillo del Mundo Nuevo. Alrededor, decenas de padres e hijos intercambian cromos. En el puesto de siempre, Paco atiende a sus fieles. Antes de llegar, veo otro puesto de libros usados que hoy tiene novedades también. A todas luces parecen libros robados, algunos tienen la etiqueta de la librería: Casa del Libro, Fnac, Book Center. Encuentro *Todos deberíamos romper* de Marta Gordo por cinco euros y me lo llevo. Me da un poco de reparo, pero son grandes almacenes, me digo a mí mismo. También tiene que haber algún Robin Hood de la literatura. Paso delante del puesto de Paco y me paro a mirar, pero no me atrevo a quedarme más de un minuto porque me siento un poco infiel, desleal.

Voy hasta la otra punta de la plaza, hay una señora de pelo corto que también vende novedades. Tiene la voz muy ronca y está obsesionada con Paul Auster, siempre cuenta que va siendo hora de que le den el Nobel. Recuerdo un día en que les decía a unos clientes que al africano ese no lo conocían ni en su casa. Se refería a Abdulrazak Gurnah, de eso hace casi un año. Hoy, mientras paseo por delante del puesto, veo a su hijo y a otro hombre, pero ella no está. Mientras hojeo sin ojear nada, escucho que uno de ellos dice: Elías vino a darme el pésame y me preguntó si nosotros vamos a seguir o no. La verdad es que el dinero es lo de menos, pero yo no sé si voy a saber recomendar como ella…

Me quedo impactado por lo que escucho y no me atrevo a preguntar por la señora que, además, no sé cómo se llamaba.

Lunes 20

Después de recoger pelos por todas las esquinas, me dio por averiguar en internet la temporada de muda de los gatos. Frida está más irascible de lo normal, también Carlota.

Martes 21

Leo la entrada de ayer y me quedo dándole vueltas a quién está más irritable, si Carlota o yo. Normalmente no registro cómo me siento, qué bulle dentro de mí. Es sencillo documentar lo externo, lo placentero, como observar una puesta de sol. Igual hay que trabajar con las palabras, pero el otro, Carlota, una flor o la basura del bar no protestan por cómo los percibo. Lo interno sigue su propio cauce caótico, incierto; hierve desordenado y atraparlo, incluso perseguirlo, requiere una fortaleza que me esquiva.

Miércoles 22 de junio

Por fin me animé a compartir un cuento en el taller. Me resistía a escribir algo de fantasmas, pero pensé en el señor de Balos que salió con una escopeta a la calle y antes de que pudiera juzgarlo, me acordé de mi abuelo: sus ratos en la azotea, sus días largos sin compañía. La ficción funciona dentro y fuera de los libros. Dentro podemos disociar las voces y los cuerpos, mi abuelo podría convertirse, por ejemplo, en asesino; fuera podemos pertenecer, por ejemplo, a un club de lectura. Me gusta pensar que la literatura sirve para juntar vidas. Dentro y fuera de los libros.

Presenté un relato medio gótico inspirado en mi abuelo y en el viejo del periódico que había matado a un muchacho joven. Aun así no estaba seguro, hice dos versiones y en una de ellas eliminé lo fantástico. Realmente la versión realista era peor y más enrevesada para el lector, pero se me hace muy raro aceptar que eso salió de mí. Recuerdo siempre las palabras de Silvia en una de sus clases: uno no escribe lo que quiere, sino lo que puede. La sentencia es igual de liberadora que de temible. Fede me dijo que él no iba a opinar de ninguna manera sobre cuál de los dos textos era mejor. Por supuesto que tengo un favorito, me dijo, pero hay un núcleo donde nadie debería entrar, sólo el autor puede saber qué hacer, qué quiere.

En otro momento del encuentro, Meli leyó: «Hace dos meses apreté por primera vez, fue con Damián del segundo B. Bailando lentos en el cumple de quince de Yamila, la hermana mayor de Anita, mi mejor amiga. Desde entonces nos miramos en los recreos, pero no nos hablamos».

Me quedé dándole vueltas al verbo apretar. Me pareció de una precisión suprema utilizar esa expresión para definir una relación sexual y armé un discurso en favor de América Latina y su patrimonio lingüístico. Acto seguido, me explicaron que apretar no es lo que yo pienso, que es simplemente darse un beso con lengua. Tras la defensa a ultranza que hice, me morí de vergüenza y nos dio la risa floja. Pero

igualmente les dije que, si lo comparábamos con morrear, me seguía pareciendo finísimo. Ellas me explicaron que también se usa transar o chapar para los besos y garchar como sinónimo de follar.

Escuchando a mis compañeras, me acordé de una palabra canaria: cloquío. Me da mucho gusto el cloquío de los argentinos. Así es como mi abuela informaba a sus amigas de que las había reconocido sin haberlas visto. La recuerdo casi siempre en la azotea, regando los helechos, lavando en la pileta, echando de comer a los pájaros. Si una vecina desde la calle gritaba: ¡Isabel! Mi abuela contestaba: ¡ya voy, Maruca!

O Fefa.
Tila.
Pino.
Sole.
Carmela.

Entonces, dejaba de regar los helechos, posaba la ropa en la pileta o el alpiste sobre la mesa de hormigón y bajaba las escaleras agarrando el cartón con los treinta huevos. Cuando veía a las vecinas, les decía: te conocí por el cloquío, Maruca.

O Fefa.
Tila.
Pino.
Sole.
Carmela.

A mi abuela le decían la Huevúa.

Recuerdo que cuando llegué a la ciudad en ocasiones se reían de mí. La oralidad de donde vengo no necesita la ortografía, basta con la música para entender que tesno es un traje elegante, que ajolá es un deseo, que emigraña es un horrible dolor de cabeza. Poner letras, quitarlas o inventarlas es un juego para quien no escribe cartas, para quien conversa a la hora del café o para quien, como mi abuela, no sabía escribir ni leer.

Lo que dijo Clara Obligado: «La ortografía como poder, el acento como pertenencia. Detesto esta visión clasista que nos convierte en defensores acérrimos de una ley que todos, en algún momento, transgredimos».

Hacerme adulto lejos de allí fue un ejercicio de traducción.

Jueves 23 de junio

Me llamaron de la universidad. Voy a dar la asignatura. ¡Voy a ser profesor dos horas a la semana!

Me acerqué al museo y le propuse a Carlota que fuésemos a desayunar juntos para celebrarlo. Aunque no le gusta tomarse licencias con su trabajo, se puso contentísima y me dijo que claro que sí. Festejamos con unos rollos de cardamomo de un obrador que hay cerca y tomamos un pan con mantequilla y queso comté, todo muy nórdico. También la cuenta final fue vikinga.

Mientras volvía a casa, pensé con quién más podía compartir la noticia: Silvia, Guido, mis padres, un círculo que menguaba drásticamente. No tener con quién compartir los logros les resta algo. No sé muy bien qué.

¿Pero eso es *de lo tuyo*?, eso es lo que me dice mi padre al otro lado de la línea telefónica cuando le digo que voy a dar clases. Así *lo mío* va conformando un ente abstracto, intangible y de escaso valor que termino asumiendo.

Por la tarde

Pasear con Sambra se ha vuelto un ejercicio de meditación. Cuando vuelvo a casa me siento como si hubiera hecho dos horas de yoga. Por otro lado, es imposible andar más de tres metros sin que alguien nos pare. Un cachorro, como la muerte, nos iguala. Da igual la condición social, la edad o la prisa, la gente se mata por acariciarlo. Preguntan mucho cómo se llama. Sambra, les digo. Después veo el extrañamiento en sus caras.

Viernes 24

En el río, te sientas junto a mí en el banco de madera del parque. Me sonríes. Dejas caer tu cabeza en mi hombro y, cerrando los ojos, te abandonas a los rayos de sol. Una nube amenaza con romper la postal. Si te miro mucho tiempo me dan ganas de rehacer estas notas, hacerlas tuyas. Si lo hiciera, seguramente habría más cuerpo. Encontraría una novela luminosa en segunda persona. Sin embargo, yo.

Los viejos pasean, las bicicletas relinchan, la lavanda desprende su olor por los jardines. Leo a Emma Cline mientras sigues apoyada en mí. Los relatos de *Papi* son unos cuentazos. Cuando anoto esto se larga a llover y el papel se moja. Te despiertan las gotas y das un brinco ligero, aunque parece no importarte demasiado. Es agua, no muerde, dices. Me asombra tu mirada, siempre eliges ver la hierba que se abre camino entre las zanjas.

Al llegar a casa, leo el cuaderno y advierto que, cada vez más, se filtran modismos del cono sur. En España no usamos la expresión «se largó a llover», pero ante tal cantidad de agua decir que empezó a llover sería ridículo.

Sábado 25 de junio

Con Carlota, vamos a ver la última obra teatral de Messiez, *La voluntad de creer*. La obra problematiza sobre la costumbre de referirnos a la ficción como mentira. Durante la función, un personaje decide comerse una pera en escena y nos pregunta: ¿cuánto hay de falso en este acto de comer la fruta? La obra está inspirada en la película *Ordet*, de Dreyer. En la película danesa, Johannes, el menor de tres hermanos, está convencido de ser Jesucristo. Todos piensan que se ha vuelto loco hasta que, en el tercer acto, la familia presencia un milagro: un personaje resucita ante la mirada atónita del resto.

La cuestión de la creencia me queda resonando, la confianza, la fe. Más allá de la religión, siento que cualquier creencia precisa de la voluntad, así sea para creer en uno mismo. Durante años he perseguido que alguien crea en lo que escribo, en las palabras que cada tanto brotan de mi cuerpo y saltan al papel. Le digo a Carlota que desde que salí del teatro no dejo de pensar en mi abuela, la persona con más fe que conocí en mi vida, tal vez una persona que tenía más fe en mí que yo mismo.

> Creo que todavía tienes cosas que arreglar con tu abuela.
> ¿A qué te refieres?
> Siendo tan importante, no hablas mucho de ella: nunca me has contado qué le gustaba hacer, cuál era su comida favorita, qué hacíais juntos… esas cosas.

En el camino de vuelta no paro de hablar de ella. Le cuento a Carlota que un día, mientras comíamos con mis primos después del colegio, un desconocido llamó a la puerta, apenas hablaba nuestro idioma. Mi abuela le dijo que dinero no podía darle, pero que si quería un plato de comida, estaba en su casa. Seiko, que había llegado desde Senegal en busca de un horizonte nuevo, se quedó viviendo allí por dos meses. Hasta que encontró un trabajo como vigilante en el aeropuerto y pudo pagarse un alquiler. Cada tanto iba a agradecerle, tomaba café, charlaban, a veces le llevaba flores o unos dulces, riquísimos, típicos de

su país. Me doy cuenta de que su recuerdo me hace compañía. Al llegar a casa, prendo una vela al lado de su foto.

Madrugada

Me desvelo y agarro el diario para tomar unas notas, son notas para un poema que jamás voy a escribir.

No vas a besar a mis hijos. No los vas a acunar en tu pecho. No les dirás que cuenten ovejitas al meterse en la cama. No vas a conocer a Carlota. No vas a estar en mi boda. No vas a leer mi primer libro. No vas a darme más besos en la boca. No vamos a compartir el mismo vaso. No me vas a pedir que te compre helado de turrón. No vamos a tomar café juntos. No volveré a escuchar tu voz. No me volverás a santiguar. No volverás a santiguar a nadie en el pueblo, no sabrán si el mal de ojo es de hombre o de mujer. No harás remiendos para las vecinas. No bailaremos en la fiesta. Tampoco iremos el domingo a la procesión. No te veré llorar al tocar al santo, ni cuando escuches alguna catástrofe en el telediario. No comeré más tu ropa vieja, ni el potaje de berros, ni la sopa de pan. No nos sentaremos juntos después del colegio, con mis primos, a la mesa.

Domingo 26 de junio

Voy camino del Rastro. Llego a la esquina del supermercado y allí está la mujer de las flores, como siempre. Me paro y me enamoro inmediatamente de unas, color violeta, muy silvestres.

¿Son violetas?
¡Qué va! Estas son iris.
¿Qué precio tienen?
Ocho euros.
¿Hasta qué hora estás por aquí?
Hasta las tres, más o menos.
¿Te las puedo pagar ya y las recojo al bajar del paseo? Por si acaso se pochan.
Claro que sí, yo te las separo.
Genial, ¿te pago ya?
No hace falta, ya están guardadas.

El gesto de confianza me conmueve, sólo queda un ramo en venta. Subo por Carlos Arniches hasta la esquina con Carnero y entro a tomar un café.

Desde la ventana de la cafetería observo la marabunta que sube y baja la calle. Para escapar de Madrid sólo hay que adentrarse en el Rastro. Husmear entre libros de viejo, cacharros que ya no funcionan pero que aún conservan la vida, pantalones y chaquetas delos que ya no están. Pasear por las calles angostas y atestadas de gente te convierte en uno más. El Rastro es un país extraño, un lugar donde todo está por hacer y en el que uno puede todavía ser otro, alguien, tal vez un extranjero.

De vuelta a casa, recojo los iris, mis flores favoritas desde hoy.

¿Qué tal el rastrillo?
Muy bien, he comprado unos libros.
Hay muchas ofertas y está muy bien de precio, ¿no?
Sí, la verdad que sí.

Aunque este es de guiris, el Rastro bueno está en El Pozo.
¿Dónde?
En El Pozo. Tú vas a Atocha y allí coges el tren y te bajas en la siguiente parada. La parada no se llama El Pozo, hay una que sí que se llama así, pero esta es… Entrevías, me parece.
Igual el próximo domingo voy de paseo.
Hay mucha fruta y verdura. Muy bueno todo. Si tiene carro, lleve uno.
Pues tendré que ir.
Esto está bien para los turistas, pero… el otro es mejor.
Por cierto, el truco del hielo me fue muy bien.
Sí, es que eso le da mucha vida a la flor.
Me aguantaron mucho.
De todos modos, tú eres cliente, si alguna vez se ponen mal, tú me dices: oye, Gema, que no me han durado las flores, y yo te pongo un ramo nuevo. Sin ningún problema.

Sin tener que hacer la pregunta, la mujer de las flores me dice cómo se llama. A partir de ahora ya podré dirigirme a ella,nombrarla. Ahora entiendo uno de esos enunciados totémicos que, a veces, me suelta en terapia Fernanda: la intimidad no se muestra, se construye.

El encuentro con Gema me aviva, su plenitud en esta esquina, la sensación de que no necesita nada más que un trozo de acera para ser feliz me resulta alentadora.

Lunes 27 de junio

Los resultados de Carlota son negativos. No hay nada por lo que preocuparse. El dolor insoportable que sintió la otra noche fue probablemente la disolución de un quiste. Normalmente en estos casos la gente va a urgencias, le dijo la doctora.

Por la noche

Garchamos, follamos, transamos, apretamos, chapamos, cogemos como si no hubiera un mañana.

Martes 28

Después de comer, me tiro en la cama con el móvil y reviso la consigna del taller en mi bandeja de entrada: la ruptura amorosa. Viene acompañada de la lectura de un cuento de Chéjov, «La dama del perrito». El cuento es un culebrón en miniatura muy chejoviano, personajes que no tienen que trabajar. La propuesta está formada por una extensa lista de líneas de acción donde los protagonistas son X e Y. Dudo si escribiré sobre esta proposición o si, por el contrario, daré vueltas sobre la novela que no sé hacia dónde va y me provoca un desasosiego cada vez más fuerte.

Por la tarde, mientras tomo café con Carlota, el día da un vuelco propio de esa crónica ya mítica, *El año del pensamiento mágico*, en la que Joan Didion afirma: «Te sientas a cenar y la vida que conocías se acaba». Han abandonado a una de las mejores amigas de Carlota después de trece años de relación. Estaban a punto de casarse. Al escuchar la noticia me entra un llanto desconsolado. Los conocía de todos estos años y ponerme en la piel de Verónica me da mucha impresión. Carlota es incapaz de soltar una lágrima. Me mira entre preocupada y sorprendida.

Por la noche, en el bar

Estoy más despistado de lo normal. No me concentro. Hace semanas que pasa, como en *Ruby Sparks*, esa película en la que un escritor puede manejar la realidad según lo que va escribiendo en su novela. De alguna manera, lo que llega del taller al correo electrónico se filtra en lo cotidiano, lo altera, desata hechos poco probables, ¿tendrán mis consignas la culpa del abandono amoroso?

Miércoles 29

Una compañera del taller me dijo que la idea para el poema de mi abuela le recordó a uno de Idea Vilariño titulado «Ya no». Aunque lo desconocía, me sorprende la similitud en el corazón de los versos.

Por la noche acompaño a Carlota hasta la estación de tren, va a pasar unos días cuidando a Verónica. Antes de bajar las escaleras mecánicas y perderse entre la selva tropical de Atocha, me pregunta: ¿por qué lloraste tanto ayer?

Del poema de Idea: «Nunca sabrás quién fui».

Último día de junio, en el bar

Algunas noches se junta lo mejor de cada casa y fundan la congregación de los que te llaman a la mesa con un psé psé como si llamaran a su perro, de los que no te miran a los ojos al pedir, de los que preguntan: ¿la cerveza la están fabricando? Se dieron cita todos a la vez.

El encargado me ve al borde de lanzar bandejas por los aires y me sugiere parar un momento. Aprovecho el ofrecimiento y salgo a fumar un cigarro en medio de la vorágine, pero no consigo desconectar. El lunes tengo terapia y no sé qué hablaré con Fernanda. Voy pegando pensamientos al vuelo. Pienso que le diré, por ejemplo, que me cuesta darle valor a lo que hago, a quien soy. Le diré, por ejemplo, que me saboteo con una trampa para que parezca que lo que quiero no lo elegí yo. Como si no fuera mío el deseo de ser padre, los tomates que compré esta mañana o este cigarro que me acompaña.

Lo que dijo Christian Bobin en *Autorretrato con radiador:* «Me hice escritor o más exactamente me dejé hacer escritor para disponer de un tiempo puro, desprovisto de cualquier obligación seria».

JULIO

Viernes 1 de julio

Limpio, bajo la basura, cambio la arena y el agua de Frida, encuentro sus pelos por todas partes. Paso el día con el aire acondicionado, me ha tocado de lleno una ola de calor. Mi ventana me devuelve la quietud del patio de vecinos. Silencio. Sobre mi vaso cae un rayo intenso de luz y, en la mesa, la sombra de los iris ligeramente derrotados por la gravedad. Me encuentro físicamente mal, como si estuviera incubando una gripe.

Como si supiera, Sambra se acerca y me lame el brazo.

Madrugada

Lloro entre paracetamol e ibuprofeno
estoy a punto de cumplir los treinta
con la fiebre alta
y las uñas cortas
te invoco, pienso
que tú también las mordías así
por mucho que lo intente, sé que no vas a venir
pero ahora mismo daría
cualquier cosa
por un beso, una mano en la frente, esa frase tuya
te vas a poner bien.
Te busco en la habitación,
miro fijamente este gotelé
pienso cuántas, cuántos
miraron tiritando las paredes de este cuarto.
Te encuentro meridianamente
en un cuaderno que dejaste.
Te busco en las palabras
huevo, volar, avión, tomate.
Hace ya cinco, seis, siete años que no estás

y leo un poema de Luis Chaves que dice que la voz
es lo primero en borrarse
ya no recuerdo el cloquío de tu timbre
cómo decías
mi amor,
hasta mañana,
si Dios quiere.
No puedo reproducir el sonido
tu vibración dulce y tierna,
solo me quedan palabras,
palabras
de la que no sabía leer,
ni escribir.
Y te encuentro también en
maleta, helado, calabaza
con la caligrafía de una niña que nunca conocí
la que creció en medio del barranco
la que todo lo que tuvo, lo prestó.
Las pocas palabras que escribiste
también nos las dejaste
en un cuaderno
de la escuela de mayores.
Sin saberlo, fuiste guiándonos hasta el final
amor, mamá, manzana
un sinfín de palabras
que exclaman, a los que vengan:
con esto es suficiente
para soñar
un mundo en otra parte.

Sábado 2, madrugada

Pasé el día leyendo manuales de escritura. Ahora me siento atascado, pero si no lo estuviera daría igual. Son una droga. O las secuelas de un consumo masivo de autoayuda en otro tiempo.

Luego me entregué a las entrevistas. «Los de los sesenta también hay que leerlos, a algunos, claro, no a todos, porque algunos están saliendo buenos». Están saliendo buenos, dice. Lo dice Bolaño mientras fuma en blanco y negro. Lo dice de los escritores de esa década, lo dice como quien habla de mangos, peras o melocotones en el mostrador de una frutería.

Aplaudí a la pantalla escuchando a Annie Ernaux: «Escribiré para vengar mi raza». Eso me recordó al discurso de Bad Bunny después de que fuera premiado en la gala de los MTV Music Video Awards: «Lo llevo diciendo, y siempre creí desde el principio, que yo podía llegar a ser grande, que yo podía llegar a ser una de las estrellas más grandes del mundo sin tener que cambiar mi cultura, mi lengua, mi idioma, mi jerga. Yo soy Benito Antonio Martínez de Puerto Rico pal mundo entero». Me emociona escucharlo, lo pongo tres, cuatro, cinco veces seguidas.

Termino viendo la entrega del Nobel a Harold Pinter, que cuenta cómo una frase, una palabra o una imagen le llevan a construir una obra. Cómo la curiosidad de seguir esa primera corazonada le va guiando en el proceso. En más de una ocasión he hecho algo parecido: escribo una palabra o un diálogo y me dejo llevar. Y aunque deseo con todas mis fuerzas transitar la oscuridad, el no saber, el miedo a lo incierto se termina imponiendo y lo mando todo al carajo.

Domingo 3 de julio

Voy en bicicleta hasta la estación de tren para recibir a Carlota. Le regalo unas entradas para el cine, la próxima semana se estrena *Tenéis que venir a verla*, la nueva película de Jonás Trueba.

Hemos quedado para ver a un amigo que acaba de ser papá. Cuando entramos a la casa me detengo en los libros, las fotos que pueblan las estancias, también esos marcos de madera que dicen SWEET HOME en letras doradas, por la ventana entra una luz que nos embriaga en un anuncio de televisión que nunca se emitirá. Debemos de ser en torno a diez amigos, no menos de treinta años ni más de treinta y cinco. Nos miro y pienso qué nos une, más allá de esta invitación a conocer al bebé, que se llama Tirso.

Mientras nos ponemos al día hablando de trabajo, de inmuebles, de mudanzas, de familia, caigo en la cuenta de que la única que cree ciegamente en el motivo de la reunión es Carlota, que nada más llegar se acunó en el suelo al lado del niño y viajó al cosmos que habilita el sonajero. Cuando me giro a contemplar la escena no distingo la mirada de uno y de la otra, me doy cuenta de que los dos ven el mundo de la misma forma: inaugurando.

Madrugada

Me gusta escribir pasada la medianoche. Alguna vez intenté despertarme justo antes de que amaneciese y, si bien disfruto la sensación de quietud mientras tomo el primer café del día, laescritura parece no fluir, se estanca. Para cuando suenan los despertadores de otros que empiezan su rutina estoy demasiado despierto para no juzgar lo que hago. En la noche, sin embargo, se revela el cansancio del cuerpo y la mente, las palabras salen a borbotones, sin el arqueólogo que, por la mañana, vuelve para catalogar como piedra lo que parecía fósil.

Lunes 4 de julio

Sesión con Fernanda. Le cuento lo de Verónica y Julián, la ruptura sorpresa. Le expongo mis dudas existenciales, cuando irrumpe lo imprevisible caigo en la cuenta de que todo es efímero, me replanteo todos mis deseos.

Me gustaría irme de esta ciudad.
¿Ah sí?
Me siento asfixiado, todo el mundo va corriendo… quiero irme al campo.
Eso nunca me lo habías dicho.
Sí, no sé. Es un pensamiento que tengo desde que hice el Camino de Santiago.
Cuéntame más sobre eso.
Haciendo el Camino sentí que lo único que nos hace falta para estar bien es usar el cuerpo, comer, dormir, escuchar a los pájaros…
Entiendo. El Camino de Santiago es una gran experiencia, entre otras cosas porque, en cierta manera, no forma parte de la realidad.
No entiendo…
¿El campo es el lugar donde no se toman decisiones?

Las preguntas de Fernanda se me amontonan, me he vuelto un recolector de dudas.

Martes 5

Llevamos a Frida al veterinario. Le han empezado a salir algunas calvas por el cuerpo. Al salir del portal nos recibe un remolino de viento, el cielo está encapotado y en el aire hay algo suspendido, no es polvo ni otra sustancia microscópica, es una energía que pareciera anunciar el fin del mundo. Lo primero que nos pregunta el veterinario es si ha habido algún desencadenante de estrés últimamente. Un porcentaje altísimo de enfermedad en los gatos ocurre por esta circunstancia: cambios de domicilio, mascotas nuevas, disturbios como ruido extremo y un largo etcétera. Pasamos el camino de vuelta a casa al borde de las lágrimas. Sin decir, los dos sabemos.

Miércoles 6 de julio

Comprar otro cuaderno.
Retomar el yoga.
Sambra??

Jueves 7, tarde y noche se mezclan

Supongo que mi madre puede distinguir los billetes con facilidad, al borde de la acera gris o en medio del alquitrán el aleteo de un papel la hace girar la cabeza, tal vez un color chillón en la oscuridad del asfalto. Aquí el papel arrugado, los huesos de las alitas de pollo y los manchurrones de aceite forman un pasto uniforme donde no dan ganas de meter las manos.

Viernes 8 de julio

Vamos al estreno de la película de Jonás Trueba. En la entrada de las salas nos encontramos por casualidad con una pareja de amigos. No sé qué decir. Casi nunca sé qué decir. Me encantaría explicarles que no estamos muy sociables, que si eso al final de la película hablamos. Carlota empieza a contarles nuestra primera cita, en la que fuimos a ver una película del mismo director. No sé dónde meterme, qué gesto poner, si fuera una tortuga encogería mi cuerpecito adentro del caparazón. Cada vez que algo me gustaba mucho en la película, lo miraba y lo encontraba mirándome, mientras ella lo cuenta, adelanto mentalmente la segunda parte de la historia. Luego salimos y se dio un golpe tremendo en las escaleras, se levantó rapidísimo, como si fuera posible obviar que casi se queda sin dientes, no pude aguantarme la risa… Ahí me enamoré, dice Carlota. La pareja se ríe y charlamos hasta que nos hacen entrar. Estos encuentros me producen la misma neurosis que los ascensores compartidos. ¿Cómo se hace para decir cualquier cosa? Según el destinatario, Carlota me enseñó algunos recursos. Para mi abuelo: qué cenaste, dormiste bien, cómo está el tiempo, qué vas a hacer de comer. Para la gente de la calle: interésate por ellos.

Tenéis que venir a verla es un juego fácil de palabras, una invitación a las salas de cine después de estos tiempos extraños que hemos vivido. En la historia, dos parejas de amigos se reencuentran.Escuchan música, hablan, leen, comen, pasean y juegan al ping-pong. El título, más allá del chiste, es la invitación de unos amigos que quieren que otros vayan a ver su nueva casa en las afueras. La película no dura más de sesenta minutos.

Al terminar la sesión nos quedamos a escuchar el coloquio. Jonás tiene una poética muy particular, en sus películas hay espacio para escuchar canciones enteras o para citar libros, y esto genera siempre filias y fobias. El director nos cuenta que hace unos días un periodista le preguntó: ¿usted no considera muy arriesgado abrir el film con una escena en la que no pasa nada? La película da comienzo con cuatro

primeros planos, cada uno de los protagonistas escuchando un concierto del pianista Chano Domínguez. Itsaso Arana, una de las actrices, se toca de manera ansiosa el cuello, se pellizca la piel obsesivamente, Vito Sanz parece estar en otro lugar, Irene Escolar permanece atenta moviendo la cabeza al ritmo de la música y Francesco Carril tiene un gesto razonado, seco, como de intelectual. Por cada uno de esos cuerpos bullen infinidad de pensamientos, sensaciones que modifican sus caras. Sin embargo, la pregunta del periodista reduce todos los gestos a la nada.

Me quedo pensando si que pase o no pase algo depende de quién mira. Me pregunto si puedo escribir una novela en la que tampoco pasa nada. Pero… ¿qué implica un acontecimiento? Ocurre cada tanto que escuchar un pájaro en una mañana de domingo me parece un evento extraordinario. Lo que me preocupa es cuántos lectores voy a tener si me limito a darle categoría de suceso a un apagón de luz, a la pelea con las palabras, a que no salga agua al abrir la canilla, a los meados de perro, a unos copos de nieve que empiezan a esmerilar mi ventana.

Si uno registra lo que acontece cada día en un diario, en un cuaderno, comienza a darse cuenta de que todas las jornadas tienen su cuota de novedad. El diario es lo que la siembra a los frutos o las estaciones a la situación climatológica. El minucioso apelotonamiento de lo que vivimos revela un presente cada vez. Dar cuenta de lo sucedido vuelve acontecimiento todo, pues no hay diferencia entre la piel que se estira con el parpadeo y la llamada que viene a voltearnos la vida.

Sábado 9 de julio

Le envío un audio a Flor explicándole la situación. Como siempre, se muestra disponible y tranquilizadora. Es duro, pero ahora no hay otra y me dice: sacá unas fotos lindas, eso es bastante crucial, sacá unas fotos lindas y mostralo en redes. Finalmente, escribí un texto digno. A mi entender esos serían los elementos básicos para que un perro encuentre familia. Si lo hacés bien, en menos de veinticuatro horas tenés candidatos de sobra.

Sigo todo lo que me cuenta a pies juntillas. Le hago una foto a Carlota agarrándolo y el perro, que no entiende nada, me ladra, como diciéndome: si lo hago todo bien, ¿por qué quieren que me vaya?



Sambra busca un hogar. Juguetón y muy cariñoso. Sociable con perros y humanos. Su carita no engaña, es el ser más bonachón.

Domingo, 10 de julio

El cuerpo absorbe todo el ruido que emite la cabeza. En cada postura de yoga aparece un tembleque en las piernas, en los brazos. Los pensamientos se arremolinan, la culpa campa a sus anchas. El profesor me recoloca cada tanto. En una de estas, me dice: tienes el mismo problema que las chicas, muy bien de elasticidad, pero poca fuerza.

A la salida, el móvil rebosa de mensajes: *¿Va a ser muy grande? ¿Qué tiempo tiene? ¡Mi chico y yo queremos adoptar! ¿Podríamos visitarle?* Por un lado, me alegra leer el entusiasmo generalizado, por otro, la pena me mata. Entre la vorágine hay un mensaje de Silvia: *¿Al final tenéis que dejarlo? Yo podría quedármelo, Teo se enamoró de él… Llámame y lo hablamos.*

Lunes 11 de julio

Silvia vino con Teo y se llevaron al perro. Sambra se fue ladrando y yo no pude contener las lágrimas. Intenté quitarle hierro al asunto diciéndole que ahora por lo menos iba a vivir con una escritora. Silvia, muy amorosa, me respondió: ya vive con un escritor.

Martes 12

No me dan ganas de escribir nada.

Miércoles 13

Carlota me recomienda con fervor leer la carta que Lygia Clark le escribe a Mondrian. El gesto de la pintora le conmueve. Tienes que leerla, me repite mientras arreglo una lamparita en el salón. Bueno, te la leo, me dice.

> *Estimado Mondrian:*
> *Hoy me siento más sola que ayer. He sentido una gran necesidad de mirar tu trabajo, viejo solitario, tú también. He encontrado una foto de ti fabulosa y es como si estuvieses a mi lado, reduciendo mi soledad. Tal vez un día pueda ofrecer mi mirada, mi soledad y mi testarudez a un artista como yo, o a uno mejor, como tú. No sé por qué trabajabas. Yo, si trabajo, Mondrian, es para realizarme, en el sentido más elevado, ético y religioso. No es para hacer superficies... Si expongo, es para transmitir a otros este momento en que la dinámica cosmológica se detiene y que el artista puede captar. Tú, que eras un místico, debes haber vivido muchos momentos como éste en tu vida, ¿no?*

En la primera frase, soy suyo. Y de Lygia. Y un poco de Mondrian también. Qué bonito, pienso, escribirle a otro que ya no está. Dedicarle algo que no va a leer pero que podría ser revelador, placentero, reconfortante. ¿Será eso leer? ¿Y escribir? Habilitar otro tiempo, un tiempo diferente en el que la realidad se disuelve. Mezclarnos con el pasado. Borrar el futuro. Dialogar con los muertos. Traerlos al presente.

Madrugada

Sueño que el perro y la gata se pelean. Me desvelo, agitado, no puedo volver a dormirme. Me acuerdo de las palabras de Fede sobre la consigna de la semana: ningún maestro sabe más que uno mismo.

1. No lo pienses más.
2. Escribe, la acumulación hace obra.

3. Si quieres, siéntate.
4. Si no quieres, déjalo estar.
5. Trata de no perderlo de vista: escribir es un juego.
6. Siempre podrás leer.
7. Escribir no es publicar.
8. Publicar no te hace escritor.
9. Nada ajeno a ti te hace escritor.
10. Al buscar la palabra precisa, al sentarte, al corregir, al bancarte la incertidumbre, al acompañarte, al hacer lo que puedes, no lo que quieres y, aun así, darle valor, te haces escritor.

Jueves 14 de julio

Ni ladridos, ni maullidos, ni problemas. Creo que no estoy hecho para la tranquilidad.

Viernes 15

Puede parecer un asunto menor, pero me pone triste mirar el suelo y no ver ni rastro de los periódicos. Cuando entro tengo la ilusión de que Sambra va a venir a saludarme, a brincar sobre mis rodillas. Lo echo de menos, este perro me enseñó un poco más a saber quién soy. O por lo menos, quién no soy.

No soy un animal.

Sábado 16

Mi padre me cuenta que en una jornada de trabajo tiene que hacer dos viajes al vertedero para completar su zona. Al día, sólo en el diámetro que dibuja su recorrido con el camión, rescata aproximadamente once mil kilos de basura. Multiplico eso por los seis camiones de la flota de la empresa y por los veintiún municipios de la isla y por los municipios de las ocho islas y ya no alcanzo para calcular los de cada provincia de España y pienso que, si el planeta puede soportar tantos millones de porquería a diario, cómo no voy a soportar yo la ausencia de Sambra.

Domingo 17 de julio

Volviendo del Rastro rescato una pelota emborronada del bolsillo del pantalón. En los márgenes de una comanda que no llegó a la cocina, bordeando el bocadillo de ternera sin mayonesa, un pincho de tortilla, una caña y una coca cola, leo una nota. Es un chispazo o un balbuceo. Tal vez en el futuro podría ser un comienzo. O un final.

> *Todo está lleno de comienzos, la química nos impulsa en el inicio, la novedad. Sin esfuerzo, el misterio al otro lado nos convoca. Permanecer es otra cosa, dedicarse. Sostener el deseo para que no se tambalee, para que no se caiga, para que no se desparrame por el suelo. Y entretanto cuidar, cuidar, cuidar.*

Lunes 18

Carlota propone que compremos una prueba de embarazo. A pesar de que es muy improbable, dice que está nerviosa. Su regla es muy puntual y anda con la sospecha. Le pido que, por favor, no lo diga ni en broma. Además, creo que esos test no son baratos.

Decidimos esperar unos días, seguro que no es nada.

Me obligué a hacer alguna actividad y fui hasta la papelería a comprar un cuaderno.

Martes 19, madrugada

Ayer compré un cuaderno, aún sin usar. De camino a casa me preguntaba si iba a seguir anotando cosas o si, como el yoga, lo iba a abandonar. Al llegar lo dejé en la bolsa de plástico, colgando de una silla. Hace un momento me desvelé, encendí la lámpara de la mesilla de noche y junto a la foto de mi abuela estaba este, a punto de terminarse. Lo abrí, leí algunas notas, examiné mi letra. No sé si todo lo que escribí servirá para algo, tampoco si lo que escribiré tendrá interés para alguien, si podré rescatar algún fragmento para la novela del padre y el hijo.

Tal vez algún día, con la lechuga, los huevos de gallinas felices, el yogur natural, las aceitunas negras sin hueso, los 300 gramos de jamón cocido, la mozzarella, dos aguacates maduros y lo que me apetezca, pueda escribir una novela.

Tal vez algún día publique esa novela.
Tal vez a la gente le guste.
Tal vez no.
Tal vez la califiquen como una novela menor.
Tal vez tengan razón.
Tal vez leer eso me ponga triste.
Tal vez no me importe.
Tal vez nada de eso importe.

Miércoles 20

Compré unos lirios. Los miro en el jarrón de cristal que escogí, aún están por abrirse.

Hoy voy al taller.

AGRADECIMIENTOS

A riesgo de hacer una lista interminable, de antemano, pido disculpas. Cuando uno nace en un lugar donde las necesidades básicas no se dan por sentadas, que los libros existan es un milagro. En mi casa no había libros y soñar con escribir uno era difícil, incluso, de imaginar. Esto me lo recuerdo a mí, sobre todo, que siempre ando con la vara preparada. Aunque tenga que remontarme muy atrás, no quiero olvidarme de quienes, durante todos estos años, así fuera de manera tangencial, me han dado el soporte —en forma de tiempo, cariño o aliento— para que hoy pueda trazar estas líneas. Estoy hecho de todos:

Lo primero, gracias a los vecinos y vecinas de Casa Pastores, porque son la infancia y por el convencimiento que plantaron en mí: la unión hace la fuerza. Hoy es imposible que el olor a castañas asadas no me transporte al Belén Viviente que, cada año, se hace en el pueblo.

Gracias a Carmelo Rodríguez por hacer de sus clases en el instituto su particular versión de *El club de los poetas muertos.* A Fernando Valderrama, Juana Betancort y Pepe Alonso, porque también formaron parte de ese equipo.

Gracias a Ester Montenegro por la amistad que, como una galaxia, se volvió inconmensurable y atravesó nuestros tiempos.

Gracias a Alba Carballal por el entusiasmo y la bondad. Un día leyó estas páginas y dijo: si tuviera una editorial, te publicaba. Pensé que, como amiga, me insuflaba ánimos. Meses después nació Plasson e Bartleboom y el final ya lo saben. Gracias también a Alberto Sáez y a Octavio Barriuso, por la confianza ciega.

Gracias a Ana del Amo, la primera lectora. Y a todos los que con ahínco leyeron el manuscrito: Florencia Gattari, Belén Coluccio,Adri Riva, Rafaela Pinto, Ramón Luque, Alejandro Fernández, Salvador Molina y Sara Díaz, gracias.

Gracias a mis colegas de la Facultad de Comunicación y Artes de Nebrija y a los alumnos y alumnas que, clase a clase, me recuerdan la lección.

Gracias a todas mis compañeras del taller. Por su mirada sostenida cada semana y por el olor a mate que traspasaba la pantalla del ordenador.

Gracias a Federico Falco por su cuidado y franqueza.

Gracias a Sofía Balbuena y a Mercedes Halfon por su honestidad e inteligencia. Seguiré leyéndolas y seguiré aprendiendo.

Gracias a los amigos de Dot Café, María y Ros, por las historias y por la cámara de seguridad.

Gracias a Carolina por la terapia, mi vida es otra desde que nos encontramos.

Gracias a Mariano Ribeiro porque desde que apareció una tarde en Tipos Infames, mientras esperábamos al mejor escritor chileno de todos los tiempos, me ha brindado conversación, lecturas, correspondencia y afecto. ¿No es eso la amistad?

Gracias a mis abuelos, Isabel y Jacinto, porque se iban a dormir con la luz encendida.

Gracias a mis padres, Esteban y Bedelia, que hicieron la casa de paja y después de madera y no descansaron hasta hacerla de ladrillos. Gracias a mi hermana, Dayra, por su mirada asombrosa y sus abrazos.

Y gracias a Carlota, que no sólo me mostró que había un mundo en otra parte, sino que empezó a construirlo conmigo. Y aquí estamos.